

RETRATO DE DAMA CON PERRITO

RETRATO DE DAMA CON PERRITO
O EL SABOR POÉTICO DE LA DECADENCIA

CAROLE NABET EGGER
Université de Provence

Retrato de dama con perrito puede ser considerada la obra maestra de Luis Riaza. A partir de la fecha de su primera publicación, en el año 1976, la pieza fue montada por varias compañías por toda España; destaca particularmente el precioso montaje de Miguel Narros en el Centro Dramático Nacional en 1979. También conoció el éxito de público y de prensa fuera de las fronteras nacionales, ya que se representó en varios países de América Latina –como Colombia y Venezuela–, pero también en Europa, en Bulgaria y Francia, donde se montó tanto en su versión española como en su traducción francesa.

Esta obra también se puede considerar pieza ejemplar del desfase que existe entre un país que está a punto de salir de la dictadura, que todavía no se ha dotado de una constitución democrática, que va a sufrir una última tentativa de golpe de estado, y una España de vanguardia que de alguna manera ha digerido y superado todas las desilusiones que arrastró la famosa decadencia de las ideologías, cuyo debate tuvo mucho impacto en Occidente en los años 70. Se trata, pues, de una obra que se presenta como una perfecta síntesis de los diferentes materiales constitutivos del teatro de Riaza y a la vez como una obra sintomática de un período clave en la historia de la España contemporánea.

Francisco Ruiz Ramón fue el primero en hablar del teatro de Riaza, junto a las obras de Miguel Romero Esteo y Francisco Nieva, como de un «teatro en libertad». Y, efectivamente, parece que la obra se haya fraguado en un crisol en el que Riaza tuvo a bien fomentar su propia alquimia dramática. Gran perdonavidas de la crítica literaria, su creatividad artísti-

ca no se deja encasillar, encerrar, momificar en ningún marco teórico, como tampoco en cualquier referencia precisa. Asimismo, la lucidez de su mirada crítica le permite constantemente huir de los fenómenos de moda, de corrientes, de tendencias para afirmar incansablemente la singularidad de su propia vía creativa.

Las más de las veces es en los prólogos a algunas de sus piezas, como *Retrato de dama con perrito*, *Medea es un buen chico* y, sobre todo, *El Desván de los machos* y *El palacio de los Monos*, donde el rayo riacesco cae en los críticos y comentaradores a través de un discurso que se mofa de cualquier acondicionamiento teórico, incluso lógico, para desplegarse en toda libertad según los humores revoltosos del genio creador, que así literariza su poética teatral. Los paréntesis y digresiones constantes, como en una galería de espejos, multiplican los niveles de lecturas, que se superponen, se encajan, se hacen eco, arrastrando al receptor en un dédalo de confusión y ambigüedad que aparece como reflejo de la complejidad del mundo.

De la misma manera, la estructura de encajonamiento viene a ser uno de los ejes centrales en su dramaturgia. Parece que cada elemento de la arquitectura dramática de sus piezas se somete a un proceso de distanciamiento crítico que inscribe la metateatralidad en el centro del proceso creativo. Se trata de erigir un fascinante escenario rebosante de teatralidad, y al rato, de corroerlo y destruirlo, denunciando así los mecanismos y la retórica que lo sustentan.

Es esta estructura la que funciona de manera magistral en la obra que aquí nos ocupa. Examinemos a continuación el detalle de la trama.

En un panorama de decadencia aristocrática, donde están esparcidos por doquier los vestigios de un esplendor pasado, el retrato de la dama se ejecuta en dos tiempos. En la primera parte, Benito, el mayordomo del balneario, intenta iniciar a Francisca al rito del ejercicio del poder según un libro de ceremonias. Disfrazado de gran Señora, obliga a Francisca a desempeñar el papel de Artista Adolescente, perrito faldero de Dama que tiene por función la de legitimar el poder de su dueña. La sirvienta se somete a la ceremonia ritual apretando contra ella una especie de caja de los tesoros.

Pero pronto el proceso ceremonial, que pone en escena la muerte del Señor-Señora, aparece minado y tropieza constantemente en las dudas y olvidos de Benito, así como en los errores recurrentes y cómicos de la criada. La índole de las relaciones entre los dos personajes, ambigua al principio,

se precisa poco a poco y el espectador comprende que están impregnadas de autoridad, dominación y poder. Hasta se puede hablar de violación medio trágica medio grotesca en el cierre de la secuencia inicial. La sirvienta, que aparecía hasta ahora más o menos sumisa, e incluso humillada, cambia entonces de actitud e insulta a su dueño en un sobresalto de dignidad y de realismo crítico. Cuando Benito está a punto de castigarla, Artista Adolescente y Dama salen al escenario.

Van vestidos de la misma manera en lo que estaban Benito y Francisca. El lector-espectador entiende entonces que el espejo estaba invertido, que primero ha visto la imagen reflejada por el espejo y que lo que ahora tiene ante los ojos es el original. El juego de Benito con Francisca no era sino la repetición del de Dama con Artista Adolescente. Se trata del rito de un rito, el que los dos personajes van a celebrar ahora. Notemos aquí de qué sutil modo la escena inicial se encaja así de manera lineal en la segunda, que adquiere por tanto lo que Dällenbach llama «una función de dilucidación retrospectiva».

Dama y Artista interpretan entonces su propio papel, en el presente y el pasado, pero también se los intercambian o interpretan el papel de otros personajes ausentes y fantoches. El ceremonial está destinado a representar la muerte de Dama y al mismo tiempo exorcizarla. Benito va a colaborar a esta tentativa de recuperación de los esplendores del pasado. Aporta una ayuda técnica al montaje y desmontaje del decorado donde se va a recrear el maravilloso pasado de Dama, poblado de aristócratas fantoches que hará falta vestir, desvestir, manipular, etc. Dama necesita, para teatralizar su propia muerte y así hacer del teatro mismo el elemento catártico que le permita vivir, revivir y sobrevivir en su papel de astro flameante y soberano, de testigos atentos y bien nacidos que pertenezcan, como ella, a la casta de los objetos deseados. Querrá más tarde extender su poder de fascinación a las castas inferiores representadas por Francisca, «deslumbrado testigo de su último flamear», y hará mandar a la criada, siempre aferrada a su caja.

Pero Dama no se reduce, como Benito, de nombre de siniestra memoria, a un puro arquetipo del poder, en su acepción meramente política o social. Es también un símbolo del poder de las palabras y del discurso poético. Es por lo que no puede pasar sin la presencia del Artista con una gran A, él, quien concentra en su nombre el nombre de todos los poetas: «Miguel Marcel Rainer María Orfeo..., Artista Adolescente».

De la misma manera que lo había hecho Francisca, Artista le ayuda a enunciar su partitura ritual, pero al mismo tiempo intenta subvertir la letra del texto, insertando incisos que tiendan a la degradación del discurso poético o negándose a que advenga el poeta, personaje indispensable al parecer para llevar a bien la ceremonia de la muerte y de la resurrección.

El ritmo de la segunda parte, que comienza con el anuncio de la llegada del poeta, es marcado por las diferentes etapas de la agonía ritual de Dama, a la que Artista presta su colaboración de modo más o menos benevolente. Algunas llamadas al orden, que recuerdan las amenazas de Benito en la primera parte, le mandarán regresar regularmente hacia una pringosa gratitud, demostrando su apego a su situación de privilegiado. La mecánica dialéctica del amor y el odio, de la fascinación y la repulsión, de la creación y la destrucción puede entonces funcionar a toda marcha.

Bajo la mirada atenta y deslumbrada de Francisca, Dama, siempre acompañada de su perrito faldero, puede recorrer el recinto del balneario, dando rienda suelta a sus gorgojeos, saludando a los monigotes sentados en torno a los veladores para evocar con lirismo las escenas de su glorioso pasado, creando y recreando el texto por declamar.

Cuando atenazada por la emoción ya no se siente capacitada para proseguir, Artista Adolescente la reemplaza y los dos representan entonces la historia de una rivalidad amorosa que acaba con un duelo con pistolas y el espectacular suicidio del capitán amado por las dos mujeres, Dama y su hermana Mercedes. La tensión dramática culmina en una escena pastiche de *Hamlet* donde el corazón ensangrentado del capitán sustituye a la calavera de Yorick.

A medida que los fantoques que pueblan su pasado palidecen y se van confundiendo con la propia Dama, ésta aparece cada vez más como una imagen alegórica de la muerte. El ritual avanza según la utilización progresiva de los diferentes veladores en torno a los cuales se agotan las escenas del pasado. El tiempo viene marcado además por el color de los escupitajos de Dama, que evolucionan entre el pálido color rosado del principio y el rojo sangre de la última hora. Artista disfraza su rostro de calavera mientras canta un refrán sobre la muerte que viene a visitar a una vieja aristócrata y obliga a Dama a bailar la danza de la muerte en una tentativa desesperada de descubrir y desvelar su odiosa maquinaria del poder.

En un principio, Dama se niega a seguir la partitura propuesta por el artista, pero, frente a su rebelde obstinación, opta por una estrategia más ofensiva. Su belicoso humor convierte la implícita amenaza en grito de autoridad e ironía mordaz en cuanto a las veleidades contestatarias del artista. De modo muy cínico, le recuerda las obligaciones a las que le someten los privilegios y favores de su amor por ella. Reemprende entonces un discurso poético evocando las brillantes apariencias de los tiempos antiguos y poco a poco el lector-espectador descubre que, socarronamente, está obligando al artista a someterse a la misma servidumbre sexual que la que había presenciado en la primera secuencia y que, al igual que Benito, oculta la violación en una evanescencia lírica.

Artista Adolescente se rebela entonces con el mismo insulto que el que había empleado Francisca. Baja hacia las cocinas con el propósito de incitar a Francisca a la revolución, pero frente a la necia incompreensión de ésta y su gratitud imbécil hacia Dama por los regalos que aquélla le hizo, cae en la desesperación más profunda. Será Benito, pues, el verdadero instigador del asesinato de la *vieja dama pudriéndose*. Por la fuerza y ya no por el teatro y la fascinación, someterá el conjunto de la plantilla del balneario a su autoridad dictatorial. El telón cae en la imagen de Francisca que busca febrilmente, pero en vano, un cuchillo en su eterna caja de tesoros, y resuena la réplica final de Benito: «Tal vez en la próxima representación tengas más suerte».

La escritura dramática de Riaza se fundamenta en un proceso de puesta en abismo que afecta a cada uno de los elementos constitutivos de su teatro. Ya vimos cómo Benito y Francisca, desde la segunda escena, ya no aparecen como verdaderos personajes, sino como reflejos de personajes, imágenes degradadas que aspiran a ser, pero que sólo logran estar. Pura apariencia, sólo representan una virtualidad con respecto a los modelos que constituyen para ellos Artista y Dama. Riaza además nos informa sobre la energía que alimenta con más constancia la mecánica de su acción: el deseo mimético, tal y como lo concibe y define René Girard.

Hasta el retrato de la Dama aparecerá al final como una imagen, la de un cuadro que reproduce a cada etapa de su ejecución la estructura del conjunto, un retrato que se inscribe en el marco de un blasón que a su vez reproduce su imagen hacia el infinito:

DAMA.— ¿Qué haces, momó?

ARTISTA ADOLESCENTE.— Quito las veladuras que impiden la debida reproducción de madame. Doy paso a los reflejos, a los reflejos de los reflejos, a los reflejos de los reflejos de los reflejos... Y así hasta la apoteosis infinita de madame.

Este proceso de abismación también afecta el ensayo teatral, que se pone en evidencia mediante múltiples referencias explícitas a la existencia engañadora del teatro. Benito reprocha a Francisca el «salirse de su teatro», el Artista se convierte en apuntador cuando se altera la memoria de Dama, la recreación de las escenas aristocráticas de su pasado evocan un «proscenio» y un «decorado» teatral. Aquí, todos los personajes ensayan su papel, sólo que además el ensayo tiene lugar en el *hic et nunc*, a la vista del público. Las dudas, los tropiezos, los errores van destinados a poner de manifiesto lo que sería una o «la» representación ideal del ritual fúnebre.

La reduplicación interna que consiste en cerrar la primera parte como empieza la segunda, con la llegada del excelso poeta, subraya la importancia a la vez vital e ilusoria del «iluminador de la fosca realidad». Se insiste así en su función de camuflaje decorativo.

Es de observar cómo estos personajes, amasados en moldes de teatro y que exudan el artificio por todos los poros se difractan en puras imágenes teatrales, en una nueva puesta en escena en la que se representan, tanto en sentido propio como figurado, a través de marionetas. Es como si esta intriga interpolada fingiera recrear los amores aristocráticos de antaño, pues el hilo de la trama es objeto de numerosos cortocircuitos que subrayan cada vez más el carácter estrafalario de la historia de esta rivalidad amorosa. Un humor corrosivo, una acumulación de clichés salpicados de notorias incoherencias dinamitan el edificio teatral romántico. Poco a poco se van reduciendo los fantoches a meros reflejos, reflejos de reflejos que evidencian el abismo ontológico en que radica la tragedia de Dama.

Ya que si se trata, en un primer nivel de lectura, de desmontar y de denunciar la mecánica del poder que se inscribe en una estructura circular que se repite, como el rito, ad infinitum, también se trata de descifrar la ambigüedad y ambivalencia de todos los mecanismos que sustentan este poder.

De esta manera se entiende la doble función del artista, su voluntad de subversión y al mismo tiempo su fascinación por Dama, por su dominio de la

palabra, por su poder de seducción. «El mundo podrido de la decadencia tiene un fuerte sabor poético», afirma Riaza. Lo que la obra dramatiza es una suerte de fantasma de omnipotencia que arropa a Dama y que pasa esencialmente por el verbo. Entre las muchas figuras del poder que pulularon en el teatro de aquellos años, el personaje aparece singular, pues encarna menos un poder contingente que el afán de dominación, de cualquier índole, potente motor de las acciones humanas y aquí de la máquina dramática.

La intertextualidad, y también la interteatralidad, resulta pletórica en este teatro. Del drama del absurdo al teatro romántico pasando por Brecht y por Artaud, de la comedia española a la poesía de Rilke o de Samain pasando por la novela contemporánea de Proust o de Joyce, las múltiples formas metateatrales inventariadas aquí se inscriben en una estructura autorreferencial que rige toda la obra. Riaza somete la tradición dramática a sabias dosificaciones: un lenguaje neobarroco, una dimensión épica generada por la existencia de un libro de ceremonias, una teatralidad rebosante marcada por las fuerzas oscuras de lo humano, una parodia místico-religiosa fundada por momentos en el auto sacramental.

Este eclecticismo y esta mezcla de los géneros permite pensar que esta generación del llamado «nuevo teatro» había anticipado algunos de los rasgos determinantes de la posmodernidad teatral. Sólo que al contrario de la generación actual, la generación de los autores de la transición buscó una teatralidad radical capaz de erigir, en los escombros de las dramaturgias anteriores, un teatro total, más acorde con los principios fundamentales de la condición humana que con la contingencia sociopolítica, que de alguna manera habían superado desde hacía tiempo. Por ello, entroncaron su teatro en los orígenes del género, creando unas hermosas ceremonias rituales, barrocas y festivas aptas para dar cuenta de la verdad del mundo. En este sentido, tanto Riaza como Nieva o Romero Esteo se pueden considerar los autores españoles más universales de la segunda mitad del siglo xx.

RETRATO DE DAMA CON PERRITO

Drama de la dama pudriéndose

Esta obra se estrenó en el Teatro Bellas Artes, en Madrid, el 9 de marzo de 1979, con arreglo al siguiente

REPARTO

BENITO	Paco Guijar
FRANCISCA	Socorro Anadón
GRAN DAMA	Berta Riaza
ARTISTA ADOLESCENTE	Imanol Arias

Dirección
MIGUEL NARROS

PRIMERA PARTE

BENITO.— (*Lánguido.*) ¡Momó...!

FRANCISCA.— Mándeme la señora.

BENITO.— ¡Señora, señora...! Puedes llamarme algo más íntimo... Y prestarme, por cierto, más atención. Por lo menos, tanta como a esa cajita de la que no te separas ni para dormir... ¿Qué guardas en ella? ¿Tu salvación futura?

FRANCISCA.— Sólo mis juguetes, señora.

BENITO.— ¡Ay! ¡Y cuánta hondura pueden alcanzar, a veces, las diferencias humanas! Ciertos seres apegados a sus fútiles banalidades y otros, en cambio, transportados por la llamada que les llega desde el fondo de las edades...

FRANCISCA.— El fondo... Sí, señora.

BENITO.— (*«Transcendente», repite.*) ¡La llamada desde el fondo de las edades...! (*Pausa premonitoria.*) ¿En qué día de la semana nos tocaba morir?

FRANCISCA.— Hoy es viernes, señora.

BENITO.— Está bien. Cumplamos con la irremediable obligación de abandonar este mundo, ya fatigante para los que tanto y tanto lo recorrimos.

FRANCISCA.— Sí, señora. La obligación...

BENITO.— (*«Teatralmente» exaltado.*) ¡Abrámonos, pues, al pan de la muerte y al vino de la música! (*Gorgoritos preliminares; luego canta.*)

Ah! Quand refleuriront, refleuriront,
Les roses de l'automne, de l'automne...

(*Una pausa.*) ¡Hermoso sueño remoto! (*Nueva pausa.*) ¿En qué día de la semana quedamos en que nos tocaba morir?

FRANCISCA.— Hoy es miércoles, mi señor Don Benito.

BENITO.— ¿A quién te diriges, estúpida? ¿Acaso no sabes quién soy en estos extremos momentos?

FRANCISCA.— (*Asustada.*) La señora...

BENITO.— La próxima vez que lo olvides se me terminará, con seguridad, mi extrema paciencia. Tenlo por cierto. (*Paciente, de nuevo.*) Decías que nos tocaba morir...

FRANCISCA.— En martes, señora. Nos tocaba morir en martes.

BENITO.— Está bien. Saca mi sillón a la terraza, frente al océano inconmensurable...

FRANCISCA.— Como mande la señora. (*Da vueltas a uno de los sillones de la escena y lo deja en el mismo sitio que estaba.*)

BENITO.— Saldré a la terraza a contemplar cómo la tarde cede, lenta, sus últimos añiles y, al descansar sobre el regazo marino, allá lejos, donde nadan los delfines y los barcos laten, se desangra en un abandono... (*Se detiene como si hubiese olvidado su «alta» recitación. Repite.*) ... Se desangra en un abandono... (*Nueva vacilación.*) ¿Qué color se ha dispuesto que tengan las aguas en este ocaso definitivo?

FRANCISCA.— Los miércoles, ciclamen.

BENITO.— (*Lírico de nuevo.*) ... se desangra en un abandono ciclamen.

FRANCISCA.— Así será.

BENITO.— Luego expiraré en la sombra.

FRANCISCA.— Eso, señora...

BENITO.— Abandonaré la terraza y penetraré en la estancia sombría, como un cangrejillo que buscase un hueco entre las rocas... Un hueco para morir...

FRANCISCA.— Como un conejillo que buscase...

BENITO.— ¡Cangrejillo, estúpida! ¡Dije cangrejillo! Cada día te confundes de texto...

FRANCISCA.— Como un cangrejillo, señora.

BENITO.— (*Doliente otra vez.*) Tú también, por un azar sin duda, entrarás allá y te asustarás de la palidez de mi semblante.

FRANCISCA.— (*Saca un papel del bolsillo; lo estudia un tiempo.*) Entraba y me asustaba de la palidez de la señora. El rostro de la señora tenía la palidez de la magnolia tronchada.

BENITO.— Entonces te dirigirás al armario ancho y profundo como un río, con su luna espejeante como una luna sobre el río, y de lo profundo del armario sacarás el manto de agonizar.

FRANCISCA.— *(Atenta a su papel.)* Sí, eso...

BENITO.— ¡No basta con afirmar! ¡Saca el manto de agonizar, especie de lela!

(FRANCISCA saca de algún armario una gran capa o manto de color negro.)

¡Cúbreme!

FRANCISCA.— Sí. *(Echa la capa sobre el cuerpo de BENITO. Cubre su rostro con una muselina.)*

BENITO.— Y cogerás mi mano entre las tuyas y la encontrarás helada... *(Deja pender una mano, lacia, fuera de la «capa de agonizar».)*

FRANCISCA.— La magnolia helada...

BENITO.— ¡Coge mi mano, vamos! *(FRANCISCA lo hace; BENITO pasa de nuevo del acento imperativo al lirismo.)* Y creerás que es el frío propio de las horas del alba y, entonces, penetrarás en mi lecho, transida por el propio misterio, intentando transmitir a mis huesecitos de nieve el calor de tu exceso vital, el efluvio de tu carne joven, tierna como una rosa tierna, turgente como una rosa turgente...

FRANCISCA.— Sí que sí. La magnolia turgente...

BENITO.— *(Comienza a acariciar con la mano que sale de la capa el cuerpo de FRANCISCA... Le quita, solapadamente, la ropa. FRANCISCA permanece pasiva.)* ¿No has oído, majadera? ¡Penetra en el lecho! *(FRANCISCA se arrodilla delante de BENITO y coloca la cabeza en el regazo de éste. La mano «exterior» continúa manoseándola y desnudándola.)*

FRANCISCA.— La señora...

BENITO.— Fifi, muñequito, no te percibo ya. ¿Sigue ahí?

FRANCISCA.— Aquí seguimos, señora.

BENITO.— ¡Acércate más! ¡Que sienta tu proximidad cálida como una rosa cálida...! *(La tapa con el manto. FRANCISCA habla cubierta por el mismo.)*

FRANCISCA.— ¡Me pica, señora! *(Saca un momento la cabeza de debajo de la capa. BENITO le retuerce una oreja lenta y sádicamente.)*

BENITO.— ¿Qué es lo que decías que te picaba?

FRANCISCA.— El manto de agonizar me pica.

BENITO.— (*Le devuelve, con mayor delectación, la oreja.*) Y ahora, mi tesoro, ¿qué es lo que te picaba?

FRANCISCA.— Creo que no me picaba nada, nada...

BENITO.— (*Metiendo de nuevo la cabeza de FRANCISCA debajo de la capa.*)

La próxima vez que te atrevas a cortar mi inspiración en tan sublimes momentos te arranco la orejita de cuajo. ¿Has entendido?

FRANCISCA.— Desde luego, señora.

BENITO.— (*Frase lírica.*) ... que sienta tu proximidad turgente como una rosa turgente... (*Un silencio. Ondulaciones debajo de la capa. FRANCISCA habla debajo de ella.*)

FRANCISCA.— ¿Ya, señora?

BENITO.— ... y por un momento de extremada fulguración, pero, ¡ay!, harto fugaz, volveré a sentir en mis médulas la antigua ilusión, semejante a la de nuestro primer encuentro... Yo paseaba mi desesperada soledad en el fondo de aquella Góngora oscura cuando te vi, allá, rutilante y morenito, al borde de aquel canal de Zaragoza, alineado con los otros chiquillos, todos con sus flautitas en las manos...

FRANCISCA.— (*Se acentúan las ondulaciones del manto.*) ¿Ya, señora?

BENITO.— ... todos con sus flautitas en las manos, haciendo descender sus meaditas irisadas en el agua de aquel canal...

FRANCISCA.— (*Voz cada vez más impaciente.*) ¿Llega ya la señora?

BENITO.— ¿Recuerdas el canal aquel de Venecia?

FRANCISCA.— Se me atufa la memoria aquí debajo.

BENITO.— Luego penetramos juntos en la profunda estancia de aquel hotel, noble como un palacio de los antiguos duxes, mientras tú lo contemplabas todo con tus ojos de cervatillo febrilento...

FRANCISCA.— ¿Ya, mi señor don Benito? ¿Ya termina?

BENITO.— (*Exaltado.*) Venecia, Zaragoza, Clairfontaine... ¡Mérida, Salamanca...! ¡Frómista...! (*Cada vez más ido.*) ¡Ana Karenina! ¡Auvepines en flor...! (*Un silencio. BENITO alza bruscamente la voz hacia la «luz».*) ¡Voy a cantar! (*Canta.*)

Lo vide già cominciar del giorno,
La parte oriental tutta rosata...

FRANCISCA.— ¡Ya?

BENITO.— ¡Un poquitín más aprisa, ángel mío! (*Un tiempo; cesan las ondulaciones del manto.*)

FRANCISCA.— Ya. (*Larga pausa.*)

BENITO.— Y en el centro de mi entraña frutal, aquel cálido calor de rosa cálida. (*FRANCISCA sale de debajo de la capa.*) Pero solamente, ¡ay!, como un último aleteo de la llama antes de plegarse en lo oscuro... En efecto, tortolita, había muerto ya...

FRANCISCA.— ¿Puedo entonces bajar a fregar los cacharros?

BENITO.— (*Como ausente, comienza a quedarse dormido.*) Entonces te alzarás por encima de mis pobres despojos y te alejarás, reclamada por tu existencia ajena y desagradecida. Yo, entretanto, quedaré allá, otra vez en el fondo de la oscura góndola de la soledad, pero esta vez eterna... (*Habla cada vez más espaciadamente.*) Eterna, inexorable y sin memoria... Karenina, auvepines...

(Se queda definitivamente dormido. FRANCISCA se levanta y se acerca a sus «dominios». Se pone una bota propia de criada de balneario sobre la poca ropa que BENITO habrá dejado sobre ella. «Sube» de nuevo al «balneario», coge una de las manos de BENITO para comprobar si éste duerme. Cae, inerte, la mano. Retira la pamela a BENITO y la peluca que lleva debajo de ella. Queda al descubierto el cráneo de BENITO, totalmente rasurado, «musoliniano». FRANCISCA contempla un tiempo al «dormido». Gesto de escupirle al rostro. Voz ahogada como para no despertarla, pero llena de asco y de desprecio.)

FRANCISCA.— ¡Cerdo!

(BENITO se levanta como un resucitado. FRANCISCA huye asustada hacia las «cocinas». BENITO se quita un cinturón que sujeta sus pantalones, que lleva debajo de las ropas femeninas.)

BENITO.— ¡Ahora sabrá esa puerca y zafia frecuentadora de bayetas lo que supone salirse de su teatro!

(Se dirige, cinto en mano, hacia las dependencias del servicio. Antes de que llegue donde se encuentra FRANCISCA, entran en escena GRAN DAMA y ARTISTA ADOLESCENTE. El segundo empuja una silla de ruedas donde va sentada la primera. GRAN DAMA aparece vestida de idéntica manera a como, hasta este momento, lo hacía BENITO: pabela, muselinas, etc. Lleva una sombrilla idéntica a la que también pudiera haber tenido BENITO. ARTISTA ADOLESCENTE, es decir, de «pequeño lord». BENITO se habrá detenido en su «viaje de castigo» hacia FRANCISCA y se dirige hacia el biombo. Durante la escena siguiente, se desmaquillará y se despojará de su «travestí» para ponerse su «verdadero» uniforme de gran mayordomo: peluca blanca, calzón corto, medias de seda, casequín bordado, etc., todo ello a la vista del público. ARTISTA ADOLESCENTE empuja lentamente la silla de GRAN DAMA. FRANCISCA permanece en su rincón abrazada a su caja.)

DAMA.— ¡Ay, de mi pequeño cachorro, y cómo se confirman mis temores! Nadie nos espera a la puerta del balneario.

ARTISTA ADOLESCENTE.— Ten en cuenta, mamaíta querida, lo avanzado de la estación. Recuerda cómo los tejos centenarios tapizaban con sus hojas leonadas todos los caminos que atravesó nuestro cabriolé hasta conducirnos aquí. Y cómo, al llegar, en el centro del inmenso parque, el balneario fulgía como una hoguera naranja encendida en el corazón del otoño. Y la tierra, la tierra toda, se replegaba en el interior de su melancolía equinoccional.

DAMA.— Helas...!

ARTISTA ADOLESCENTE.— Hélas, oui...! Oú se trouvent les anciennes fêtes?

DAMA.— Los amores marchitos, ¿dónde hallarlos de nuevo?

ARTISTA ADOLESCENTE.— Ah! Quand refleuriront les roses de l'automne...? *(Un tiempo de empujado de silla y de «meditación nostálgica».)*

DAMA.— Ponme frente a la puerta. (*ARTISTA ADOLESCENTE detiene la silla en el centro de la parte delantera del «balneario». DAMA cierra la sombrilla y la levanta como para golpear con ella. Recita en tal postura suspensiva.*) Una nube de servidores se hubieran precipitado, en aquellos tiempos dorados, para transportar nuestro equipaje desde el vaporetto. (*«Golpea», con la sombrilla, una puerta imaginaria.*) Y, a derecha e izquierda de la gran escalera, las libreas de los lacayos hubiesen puesto dos largas teorías de púrpura y de oro...

ARTISTA ADOLESCENTE.— Y, ahora, nadie...

DAMA.— Nadie...

ARTISTA ADOLESCENTE.— Absolutamente nadie...

DAMA.— Hélas...! (*Un tiempo. DAMA se levanta y avanza, conducida, como por un lazarillo, por ARTISTA ADOLESCENTE. Aquélla pone una mano sobre uno de los veladores enfundados.*) En el gran comedor yo ocupaba, en compañía de mi abuela, aquella dama inevitable, esta misma mesa...

ARTISTA ADOLESCENTE.— (*Evocador.*) Y, de la cantimplora de plata que contenía el jugo de limón, echábamos unas gotas de oro en aquellos lenguados que, muy pronto, dejaban en nuestros platos las panojas de sus espinas, rizadas como una pluma, sonoras como una cítara...

DAMA.— Exacto. Así era el tiempo perdido. Y ninguna sensibilidad como la de tu verbo sería capaz de recobrarlo y de hacérmelo recobrar a mí misma... (*Da un fuerte golpe con el mango de la sombrilla sobre el velador. Se levanta una nube de polvo. BENITO, ya investido de gran mayordomo, avanza hacia la pareja y se rinde en una gran reverencia.*)

BENITO.— Nous esperons que Madame aurait fair un voyage tout l'heureux qu'il serait désirable...

DAMA.— ¡Ay, amigo mío! Ese feliz viaje que se me atribuye me lo estropeó totalmente ese tren comarcal...

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¿Cabriolé o tren comarcal? ¿Qué dispongo para los textos?

BENITO.— Transmitiremos las razonables quejas de madame a la cabecera de los ferrocarriles. En cuanto a la dirección de este establecimiento, creo hacerme su portavoz asegurándoos la honda satisfacción que vuestra llegada, a pesar de lo insólito de la estación, nos produce.

DAMA.— ¿Escuchas, rirrí...? En este rugoso mundo aún quedan personas que saben considerarnos en lo que somos.

BENITO.— ¿Debo entender que la señora ocupará sus habitaciones habituales en la planta noble?

DAMA.— Desde luego que sí. Nuestra «suite», nuestra terraza... Todo lo habitual.

ARTISTA ADOLESCENTE.— Nuestra mesa de comedor. Nuestra cantimplora de plata con nuestro zumo de limón para echar las gotitas de nuestro oro en nuestros lenguados. Y, al otro lado de nuestras cristaleras, nuestros tamarindos encendidos como hogueras naranjas...

DAMA.— En todos y en cada uno de los lugares donde antaño fuimos felices. ¿No es así, momó?

ARTISTA ADOLESCENTE.— Cierto, mamaíta. Los buitres vuelven a dejar sus últimas plumas en los parajes donde fueron dichosos.

DAMA.— ¿Los buitres, nunú...? ¿No encuentras desagradecida tu metáfora?

ARTISTA ADOLESCENTE.— No te enojés, mamaíta. No es creación mía. Se trata de textos de poetas ajenos.

DAMA.— Entendido, fifi, entendido... Pero recuerda tu sótano de Zaragoza... ¿O era más al norte...? Procura elegir textos menos equívocos... (A BENITO.) Mi distinguido señor: le agradeceríamos se sirviese dar las órdenes oportunas a fin de que se hicieran entrar nuestros mundos y sombrereras... (BENITO *toca una campanilla*. FRANCISCA, *saliendo de su arrinconamiento, se acerca. Como siempre, lleva su caja*.)

BENITO.— Los baúles y sombrereras de madame a las habitaciones habituales de madame, en la planta noble... ¡Con presteza!

FRANCISCA.— Sí, señor. (FRANCISCA *sale diversas veces y vuelve a entrar en escena cargada con cestones, cajas y otros continentes. Deben abundar las antiguas sombrereras de cartón, de forma cilíndrica. Va colocando los envases por el fondo del escenario. Únicamente sube una sombrerera a la «planta noble»*.)

DAMA.— Preocúpate por saber si falta algo, ángel mío. Con estos turbios servidores de ahora nunca se sabe...

ARTISTA ADOLESCENTE.— Nada faltará, madam... Todo será colocado en los armarios anchos y profundos como un río, con sus lunas espejeantes como una luna sobre el río... Todo será colocado en lo profundo: el águila imperial, el frasco de las vísceras, el morrión del húsar, los gatos rusos

de madam, la capa de agonizar y el revólver nacarado por sí, llegando el momento, se prefiere el cianuro. Todo...

BENITO.— Sólo falta, para hacer honor a la tan inesperada como gozosa presencia de madame, poner el ambiente del balneario a tono con lo que madame se merece. Todo será de nuevo brillante y distinguido, como en el propio corazón de la alta temporada.

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Ni más ni menos, mi distinguido señor! No hay que olvidar la divisa de la casa de madam: «La saison c'est moi»... La temporada va conmigo, Yo soy el fasto y el festejo...

DAMA.— (*Admonitora.*) ¡Dudú, dudú...!

BENITO.— Únicamente nos atrevemos a sugerir a la señora que, a fin de que evite las enojosas molestias propias de los trabajos de decoración, se sirva pasar a la terraza... (*A FRANCISCA.*) ¡El sillón de madame a la terraza...! ¡Ligera! (*FRANCISCA da una vuelta cargada con el sillón y lo deja en el mismo sitio donde se encontraba.*)

DAMA.— Saldré a la terraza, sí... Ya anochece... Y, durante la espera, podré contemplar cómo la tarde cede, lenta, sus últimos añiles y, al descansar sobre el regazo marino, allá lejos, donde nadan los delfines y los barcos laten, se desangran en un abandono ciclamen... Pero queremos que se nos tenga al corriente de los progresos de la ornamentación. Y tú, didí, colaborarás con tu especial sensibilidad al logo final...

ARTISTA ADOLESCENTE.— A eso se me ha traído, mamaíta. Mi especial sensibilidad contribuirá, con su mejor empeño, para que el catafalco resulte a satisfacción de los futuros muertos...

DAMA.— ¡Zuzú, zulu...! ¿Tan ardua se te hace la colaboración?

ARTISTA ADOLESCENTE.— En absoluto, madam. Puedo asegurar a madam que quedará plenamente satisfecha del más leal de sus lustracadáveres... ¡Maestro!

BENITO.— (*Acercándose.*) ¡A las órdenes del joven señor!

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Ya podéis proceder a la sacrosanta metamorfosis! (*Con grandes gestos y recorriendo todo el ámbito del «balneario».*) Podéis pasar a transmutar los tiempos de la momificación presente en las pléoras de la edad del oro, los tristes aparatos de la agonía, en la reencarnación de los paraísos perdidos! ¡Adelante, mi buen mayordomo mayor! ¡Manos a vuestra piadosísima obra! ¡Que el eterno retorno de

madam sea, cuanto antes, con nosotros! (*Vuelve canturreando, junto al sillón de DAMA.*)

Érase una vez
 una gran dama,
 que de un paraíso
 perdiera la ganga
 y afuera moría
 llena de nostalgias...
 Y patatín y patatán.
 Y patatín y patatana...

(*Se inclina ante DAMA.*) ¿Quedó complacida madam con nuestra devoción?

DAMA.— Un arcángel de resurrecciones: tal es lo que, en verdad, representas, Momó...

(Se habrá sentado en el sillón y echado la cabeza hacia atrás cubriéndose el rostro por alguna muselina, como hizo BENITO en la escena de su «muerte». Éste va dando órdenes, mientras tanto, a FRANCISCA para que ésta abra determinados envases y sombrereras. ARTISTA ADOLESCENTE permanece cruzado de brazos, detrás de DAMA. El contenido de las cajas consistirá en una serie de cabezas sin facciones o con facciones grotescas, y otra serie de cruces o palitroques cruzados al extremo de cuyos componentes más largos se puedan clavar las anteriores cabezas formando una especie de fantoches o espantapájaros. Estos dispondrán de algún artilugio que permita colgarlos. Por último se sacará de las cajas una profusión de ropajes y tocados tales como encajes antiguos, mantillas, faldas, corpiños, etc. Alguna prenda interior, también antigua. Sombreros y vestidos desusados, tanto masculinos como femeninos. Uniformes militares decimonónicos. Trajes de chambelanes, batas pesa-

das... En resumen, una guardarropía como salida de baúles abandonados en desvanes polvorientos. Una vez montados y vestidos los fantoches, el resultado será de un esplendor obsoleto y grotesco. Se sugiere, como tono general, el de las pinturas expresionistas de James Ensor, especialmente las de máscaras, pero, lógicamente, cabrán muchas posibilidades dentro del juego apuntado de las marionetas. DAMA habla por debajo de su velo.)

DAMA.— ¿Me engañan, acaso, mis oídos? ¿No escucho el trote de un tronco de alazanes?

ARTISTA ADOLESCENTE.— Los oídos de la señora le son tan adictos como el resto de sus finos sentidos. El landó del señor notario de nuestro departamento se aproxima al balneario. El lecho de hojas leonadas, que cubre la gran avenida central, pone una melancólica sordina a los cascos de los nobles brutos que atraviesan el parque...

DAMA.— Y, ahora, el ruido de la portezuela de un landó, al abrirse...

ARTISTA ADOLESCENTE.— Y nuestro distinguido notario penetra en el salón y ocupa su mesita habitual, cerca del estrado de la orquesta...

(Siguiendo las indicaciones de BENITO, FRANCISCA habrá ido entregándole una cruz, una cabeza y diversas ropas con las que aquél habrá completado el fantoche del señor «notario». Luego quitará las fundas de uno de los veladores y de la silla más próxima al mismo. Muestra el fantoche, ya terminado, a los cuatro puntos cardinales y lo cuelga del respaldo de la silla. Coloca un blanco mantel sobre el velador —que puede haber estado hasta ese momento debajo de éste— y la enciende.)

DAMA.— ¿Y Merceditas...? ¿No la veremos este año por aquí?... Ya me decía yo que la asiduidad del capitán la pasada temporada, tanto taconazo y tantísima vuelta alrededor del templete de la música, detrás de la niña, tantas inclinaciones para llenar su vaso en el manantial; ya me decía yo

que todo ello habría de conducir a un feliz acontecimiento. Sin duda que, todavía, se prolonga su viaje de bodas...

ARTISTA ADOLESCENTE.— No tal, madam. El señor magistrado de nuestro departamento llega a tomar sus aguas en compañía de su única hija y heredera. El filial corazón de mademoiselle prefirió sacrificar un lucido partido matrimonial con alguien que, a no dudar, alcanzará los más altos grados en la carrera de las armas, antes de abandonar a su anciano padre a la más escueta de las soledades...

(Se supone que BENITO habrá tenido tiempo, durante los parlamentos anteriores, a montar y colgar el fantoche de «Merceditas» y el del magistrado. Para agilizar la acción se sugiere que los fantoches salgan de las cajas parcialmente montados.)

DAMA.— ¡El vaporetto, el vaporetto! ¡Oigo la sirena del vaporetto! (ARTISTA ADOLESCENTE *avanza; finge escudriñar el horizonte y escuchar atentamente.*)

ARTISTA ADOLESCENTE.— Me temo, madam, que esta vez os traiciona vuestra percepción auditiva, por afilada que siempre haya sido. Ni rastro de bajeles.

DAMA.— ¡No me traiciona, no! El vaporetto se acerca al muelle e, inclinado negligentemente sobre la barandilla de estribor, mi poeta, el iluminador de la fosca realidad, hace aletear su pañuelo.

ARTISTA ADOLESCENTE.— El único personaje que se distingue en lontananza es la honorable viuda de la trescientos siete, como todos los años. Y su primera visión del balneario no será la recompensadora que se disfruta «du côte» del Gran Canal... (*Recita.*)

La Dogana, en el crepúsculo, mostrando su bola de oro, para detener el tiempo y prolongar aún la forma del sol que desciende hacia el abismo... (*Neutro de nuevo.*)

... sino la prosaica visión que se sufre desde las pardas traseras del edificio, (*Voz ronca llena de desprecio.*) por donde se sacan los cubos de basura...

DAMA.— ¡Me confundes! ¡Me engañas! (*Doliente.*) ¡Tu negro resentimiento no deja de fluir! Sé que llega mi ilustrador de estampas...

ARTISTA ADOLESCENTE.— Solamente la viuda antedicha, madam. Pide en recepción la llave de la trescientos siete, como todos los años. Le es rendida. Penetra en el ascensor con sus dos galgos rusos. Sube a sus estancias. Se circunda de collares. Baja al comedor...

(Se habrá procedido a colocar el muñeco de la «viuda del trescientos siete». DAMA, amenazante, se quita las muselinas del rostro.)

DAMA.— ¡El próximo será nuestro Marcelo Rainer! ¡Vaya si será!

ARTISTA ADOLESCENTE.— Tal vez haya anunciado su llegada con algún recado que madam tenga en conserjería.

DAMA.— ¡Ve a ver! ¡Y procura, por tu bien, que así haya sucedido! *(Después de acercarse a BENITO, enfrascado en su tarea de colocar nuevos espantapájaros, quitar fundas, poner manteles, encender pantallas, etc.)* ¿Algún propio para madam?

BENITO.— Désolé, monsieur. Pas le lettres.

ARTISTA ADOLESCENTE.— *(A DAMA.)* Desolado, madam. Nada de cartas.

DAMA.— *(Cada vez menos contenida.)* Tal vez algún insignificante continental...

ARTISTA ADOLESCENTE.— *(Sin acudir a BENITO.)* Desolado, madam. Pas de télégrammes. Ningún papelito azul con la leyenda consabida: «Llego expreso diecisiete quince. Cariñitos. Orfeo».

DAMA.— ¡Acércate, dudú! Voy a repetirte un cuento que nos relataba mi abuela...

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Aquella dama inimitable!

DAMA.— ... durante las largas noches del invierno.

ARTISTA ADOLESCENTE.— No se prive, madam. *(Se acerca ARTISTA ADOLESCENTE y pone la cabeza sobre el regazo de DAMA. Ésta le acaricia el pelo.)*

DAMA.— Érase una vez un niño desnudito, con sus vergüenzas al aire, por las calles perdidas de su Nápoles natal... *(Un silencio. Acariciado suspensivo de cabellera.)* Y, años más tarde, volvemos a encontrar a nuestro héroe, todo cubierto de cheviots de Gregory's and Son...

ARTISTA ADOLESCENTE.— *(Se pone en pie señalando los colgajos del «balneario».)* ... de brocados de Venecia y de terciopelos de Zaragoza. Y colorín colorado...

DAMA.— ¿Entonces...?

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Ya se oye el vaporetto! Los recién desembarcados agitan sus pañuelos en la escalerilla de descenso. Tal vez nuestro momó sea alguno de ellos...

DAMA.— (*Se pone rápidamente en pie, «ilusionada».*) ¿Sí...?

ARTISTA ADOLESCENTE.— (*Se dirige al montón de muñecos. Coge un par de ellos, ya preparados y vestidos de idéntica manera.*) Désolé, madam. Se trata de las hermanas gemelas que suelen cenar bajo el tiesto de las palmeras enanas, a la derecha del ambigú. Señoritas de indudable distinción..., pero ayunas de toda fulguración poética...

DAMA.— ¡Me estás escarbando la paciencia, leoncito! ¡Verdad es que me la estás escarbando...! Sin embargo, te daremos una última oportunidad.

ARTISTA ADOLESCENTE.— Nadie podría esperar otra cosa de la proverbial generosidad de madam.

DAMA.— Aclárame una duda que siempre he tenido, ¿quieres, momó?

ARTISTA ADOLESCENTE.— Exprésamela, mamaíta. Sin ambages.

DAMA.— Aquí va: ¿cuántas veces se servía la mesa en aquella zahúrda de tu infancia?

ARTISTA ADOLESCENTE.— La señora remueve en mi dormido interior doloridas remembranzas... Con todo, explicaremos a madam que mis desgraciados progenitores carecían de todo sustentáculo donde colocar los alimentos a bendecir, antes de ser ingeridos... Ni mesita para el té poseíamos.

DAMA.— Y otra pequeña curiosidad: ¿cuántas comidas te son servidas en la actualidad?

ARTISTA ADOLESCENTE.— Veamos..., (*Contando con los dedos.*) le petit déjeuneur.

DAMA.— El desayunito.

ARTISTA ADOLESCENTE.— Le déjeuneur d'once heures.

DAMA.— Las once.

ARTISTA ADOLESCENTE.— Le grand déjeuneur.

DAMA.— El gran desayuno.

ARTISTA ADOLESCENTE.— Le petit café.

DAMA.— El cafetito.

ARTISTA ADOLESCENTE.— Le petit té.

DAMA.— El té pequeñito.

ARTISTA ADOLESCENTE.— Le grand té.

DAMA.— El té de las cinco.

ARTISTA ADOLESCENTE.— (*Sin pausa.*) La soupe de soirée. Le repas de minuit. Le reveillon de l'aurore. Le chocolat de l'aube. La soupe du matin...

DAMA.— (*Interrumpiéndole.*) Y una «derniere curiosité»: ¿llega o no llega nuestro querido poeta?

ARTISTA ADOLESCENTE.— Nos rendimos, madam. (*Se dirige hacia una de las sombrereras. Saca de su interior una levita.*) La llegada de nuestro bardo favorito es la inminencia misma. Nos precipitaremos a recibirlo.

DAMA.— Aguarda un momento.

ARTISTA ADOLESCENTE.— (*Vuelve a colocar la levita en la sombrerera.*) Como se sirva ordenar madam. Pero nos permitimos advertir que los responsables de la «mise en scène» pueden quejarse de que se quiebre el ritmo de la «piece bien faite»...

DAMA.— Correremos el riesgo. Al fin y al cabo, el que todos esperamos ha de ver su tarea facilitada por un entorno adecuado. Desearíamos conocer la marcha de los preparativos de la fiesta. Ve a ver, amorcito... (*Reverencia de ARTISTA ADOLESCENTE. Se dirige a BENITO.*)

ARTISTA ADOLESCENTE.— Madam queda altamente interesada por los trabajos de transfiguración y requiere, al efecto, el pertinente informe.

BENITO.— Podéis comunicar a madame que nuestro entregado celo ha hecho posible el cumplimiento más estricto de sus órdenes.

ARTISTA ADOLESCENTE.— Con todo, preferiríamos comprobar por nosotros mismos los preparativos de la celebración.

BENITO.— Nada más consecuente: la labor inspectora es la mano derecha de la alta regiduría.

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¿A quiénes se ha invitado?

BENITO.— A los huéspedes más clarificados, según la lista de madame.

ARTISTA ADOLESCENTE.— (*Se acerca a los fantoches.*) ¿Se atendió al perfume favorito de madam?

BENITO.— El joven señor puede comprobar que el heliotropo rebosa por doquier.

ARTISTA ADOLESCENTE.— (*Huele algún muñeco que otro.*) ¿Los colores predominantes?

BENITO.— El carmesí y el púrpura, como el joven señor percibirá por sí mismo.

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¿Ha quedado dispuesto el jardín para el ensalzamiento y epifanía exteriores de madam?

BENITO.— Se colgaron artísticos farolillos entre los tamarindos. Aunque se espera que no sean precisos, pues llegados que sean tan solemnes momentos, brillará el nuevo sol.

ARTISTA ADOLESCENTE.— Gracias, mi señor don Benito. Sin duda que se os propondrá para la promoción.

BENITO.— Ruego transmitáis a madame la satisfacción que nos causa el ver a madame tan espléndidamente asistida por el joven señor: con tan verdes y nutricias raíces, segura puede estar de su fortaleza indestructible...

ARTISTA ADOLESCENTE.— Nos complaceremos en trasladárselo. Y podéis ordenar al personal inferior que pase a disfrutar de su cotidiano vacar. (*BENITO hace señas a FRANCISCA para que se retire. Ésta lo hace hacia sus dominios, abrazada, como siempre, a su caja. ARTISTA ADOLESCENTE se dirige a DAMA.*) Nuestro competente «regiseur» ha trabajado a conciencia en el recocado del antiguo esplendor. Todos esperan que se apaguen los focos del crepúsculo y se enciendan los de la gloriosa agonía de madam.

DAMA.— ¿Estás seguro de que *todos*? ¿Qué me dices de esa oscura muchacha?

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¿A quién se refiere la señora?

DAMA.— La vi retirarse ha poco, camino, sin duda, de un bien merecido descanso. Pero retirarse, al fin y al cabo. Y seguro que, también ella, con su fidelidad, habrá contribuido al logro final...

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Bah, señora...! Un trabajo asaz repetitivo, meramente subalterno. Cualquiera mula de mala cuadra hubiese podido sustituirla con ventaja.

DAMA.— Creo, con todo, que podríamos proporcionarle una pequeña satisfacción. Incluso darle oportunidad de que contemplase nuestra «soirée». Estos humildes seres agradecen de forma especial las atenciones que con ellos se tienen. Hazle venir.

ARTISTA ADOLESCENTE.— Como se sirva disponer madam. (*Después de la pertinente reverencia se precipita hacia las dependencias de FRANCISCA. Grita.*) ¡Albricias, pingajillo! ¡Estás de norabuena, perro sarnoso! Entre todos los humildes seres del balneario has sido la sencilla violeta que madam ha escogido para deshojar... (*Llega delante del elemento que figure una última entrada al rincón de FRANCISCA. Golpea —o finge golpear— en ella.*)

FRANCISCA.— ¿Quién es? (*ARTISTA ADOLESCENTE da un nuevo golpe.*) ¿Es usted, mi señor don Benito? (*Nuevo golpe. FRANCISCA se acerca al otro lado de la entrada. Habla a media voz.*) Escuche, mi señor don

Benito; todavía no se me ha retirado la sangrucha. Estoy igual que ayer...
(*Nuevo golpe.*) Como usted quiera. Espere sólo a que me quite lo más gordo de encima... (*Saca un bidé desportillado de cualquier sitio. Le quita la tapa. Se sienta, despatarrada. Nuevo golpe.*)

ARTISTA ADOLESCENTE.— Abre, bichejo.

FRANCISCA.— (*Sin levantarse del bidé.*) ¿Es usted, señorito? Yo creía...

ARTISTA ADOLESCENTE.— Abre.

FRANCISCA.— ¿No le dará luego asco?

ARTISTA ADOLESCENTE.— Anda, abre.

FRANCISCA.— Como quiera el señorito... (*Mímica de abrir la puerta o de des-correr la cortina. Avanza ARTISTA ADOLESCENTE. Contempla los sepias y los negros del infierno. Puede coger algún objeto que otro y, por último, la tapa del bidé.*) ¿De modo y manera que todas las raíces del mecanismo cenital se nutren de esto? (*Recita, superlítico, a la tapa del bidé.*)

Lo vidi già cominciar del giorno,
la parte oriental tutta rosata...

(*Deja caer la tapa al suelo.*)

FRANCISCA.— No sé lo que el señorito me dice.

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Ni falta que te hace! Todo lo que tienes que hacer es acudir al reclamo de la señora. Tu enemiga te requiere para que seas deslumbrado testigo de su último flamear. Me atrevería a decir, incluso, que madam, esta noche, morirá especialmente para ti...

FRANCISCA.— Perdóneme el señorito, pero sigo sin saber lo que se quiere de una.

ARTISTA ADOLESCENTE.— No importa, ya te digo. Acude a la audiencia privada de madam. Eso es todo. (*FRANCISCA coge su cajita y sube hasta cerca de DAMA.*)

DAMA.— ¡Hola, hija mía! Te he mandado llamar.

FRANCISCA.— Eso me ha parecido. Y aquí estamos para lo que mande la señora.

DAMA.— Poca cosa, hija mía; quisiéramos regalarte una bagatela...

FRANCISCA.— Perdone la señora que no sepa qué tela es ésa. Pero una sí que comprende que la señora es toda corazón de oro. (*Después de hacer señas a BENITO para que le acerque una pamela y unas muselinas idénticas a las que ella misma lleva.*)

DAMA.— Toma, hija mía. Sólo las usé un par de veces.

FRANCISCA.— Sí que están lo que se dice nuevecitas. Muchas gracias, señora.

DAMA.— Puedes ponértelas esta misma noche. Sin duda que habrá algún sitio en vuestros lugares desde donde se puedan ver los salones.

FRANCISCA.— Sí que hay. Subiéndose a un taburete, desde el montante de la cocina.

DAMA.— Ten cuidado con no caerte, hija mía. Y diviértete con la velada.

FRANCISCA.— Gracias, señora. ¿Ya puedo marcharme?

DAMA.— Cuando sea de tu agrado. Pero dime antes una cosa: ¿qué llevas en esa caja, ahí, tan pegadita a ti? No me digas que se trata del cofrecillo de tus venenos...

FRANCISCA.— ¡Huy, qué cosas se le ocurren a la señora! Sólo son mis tesorucos...

DAMA.— Anda, ve y pásalo bien.

FRANCISCA.— Gracias, señora. (FRANCISCA se retira unos pasos, desata la caja, guarda el regalo de DAMA a la vista de ésta. Ata la caja de nuevo y se retira con ella abrazada a sus dependencias. Coge el taburete y, puesta en pie, y a veces de puntillas, escudriña el «balneario» entre los colgajos oropúricos.)

DAMA.— ¡Momó...!

(ARTISTA ADOLESCENTE, durante la escena última, habrá vuelto a sacar la levita de la sombrerera y se habrá puesto un atuendo de «artista» fin de siglo. Se sugiere el retrato de Marcel Proust pintado por Jacques Emile Blanche; la levita anterior, enorme flor en el ojal, etc.)

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¿Mamaíta...?

DAMA.— Ya podemos cerrar el paréntesis. Nos habíamos quedado en que llegaba el que todos esperábamos.

ARTISTA ADOLESCENTE.— Y en que yo me precipitaba a recibirlo.

DAMA.— Así es, mi ángel.

(Avanza ARTISTA ADOLESCENTE. Toma una actitud de espartájaros, con los brazos en cruz y las manos lacias.)

ARTISTA ADOLESCENTE.— Miguel Marcelo Rainer María Orfeo... Artista adolescente. (Se hace el oscuro del entreacto.)

SEGUNDA PARTE

Comienza –excepto una ligera variación– con las frases finales de la primera. De hecho, pudiera no existir solución de continuidad en la representación y suprimirse el entreacto.

DAMA.– Podemos cerrar el paréntesis. Nos habíamos quedado en que llegaba el que todos esperábamos...

ARTISTA ADOLESCENTE.– Y en que yo me precipitaba a recibirlo.

DAMA.– Así es, mi ángel. El crepúsculo pertenece ya al pretérito.

(Juego, ya acotado, de ARTISTA ADOLESCENTE.)

ARTISTA ADOLESCENTE.– Miguel Marcelo Rainer María Orfeo... Artista adolescente.

DAMA.– ¡Por fin, mi querido René...! Nuestro corazón ya comenzaba a ser roído por las carcomas de la incertidumbre...

ARTISTA ADOLESCENTE.– ¿Podemos preguntar a madam por el origen de las conturbaciones de madam?

DAMA.– ¡La soledad, la soledad...! Me veía encerrada en un bloque de soledad, emparedada en un muro de soledad, en medio de esta noche infinita. Nadie que viniera a poner un poco de perfume a estos momentos angostos.

ARTISTA ADOLESCENTE.– Ya veis cómo el que todos esperábamos llegó. Y, al igual que cada noche, dispuesto se encuentra a disimular en lo posible el hedor que se escapa de vuestras angosturas.

DAMA.— (*Con dolorido sentir.*) Ya veo, mi buen amigo, que el rencor de tu antigua clase no está dispuesto a plegarse ni aun en esta situación terminal...

ARTISTA ADOLESCENTE.— Si deseáis que nos retiremos nosotros y nuestros recores...

DAMA.— ¡No...! ¡Permanece! ¡Esta noche no queremos morir sola!

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¿Tan segura está madam que esta noche será la noche?

DAMA.— Apea esa mordacidad del tratamiento. Compórtate como en los momentos de abandono. Tutéame.

ARTISTA ADOLESCENTE.— De acuerdo, marranita... Te preguntaba si estabas tan segura de no alcanzar la mañana. Y, con la mañana, la seguridad de permanecer...

DAMA.— ¡Desalmado...! ¿Por qué me tiendes ese cabo de salvación? ¿Para despeñarme luego, con más rigor, desde lo alto?

ARTISTA ADOLESCENTE.— Los horóscopos no son tan tajantes.

DAMA.— ¡Sí que lo son! Hablan de una noche de otoño, como ésta. En medio de un gran salón de balneario, como éste... Rodeada por las mismas personas más queridas... (*Señala los fantoches.*)

ARTISTA ADOLESCENTE.— Sí, pero en vuestro panteón crecieron las siemprevivas sin que nadie las plantara.

DAMA.— Cantando los poemas de mi ángel inspirador...

ARTISTA ADOLESCENTE.— (*Canta.*)

A la humilde siempreviva.
Siempre preferí entre todas;
mi flor favorita, siempre,
fue la humilde muncadobla...

DAMA.— (*Enérgica.*) ¡Voy a morir te digo!

ARTISTA ADOLESCENTE.— (*Reverencia.*) Como madam disponga. ¡Adelante con vuestra «mise a mort»!

DAMA.— Maestro... Maitre!

BENITO.— (*Adelantándose.*) ¿Me llama la señora?

DAMA.— Así es. (*Una pausa.*) Voy a cantar...

BENITO.— Todo se halla dispuesto para el recital de la señora.

ARTISTA ADOLESCENTE.— (*Dirigiéndose a los diversos elementos del balneario mientras DAMA hace escalas y gorgoritos.*) Las pantallas de los

veladores ponían intimidades de ámbar en cada cono luminoso. Y en cada velador, las personas alrededor sentadas dejaban en suspenso, incluso, el susurro de sus conversaciones... (*Hace coger una copa a uno de los fantoches metiendo sus propios brazos por entre las ropas colgantes.*) Acá, una copa de cristal se mantenía inmóvil, suspendido su viaje entre la albura del mantel y el rojo de unos labios anhelantes... (*Se dirige a otra mesa con dos fantoches. El mismo juego que con la copa, fingiendo, con sus propias manos introducidas entre la ropa de los muñecos, la acción descrita.*) Allá, la voluntad de abrirse hacia el milagro de una voz desolada... (*DAMA acentúa sus arpegios.*) ... hacía que una manita de lacadas uñas, un marfil envuelto en encajes delicados, se retirase del refugio de otra mano masculina y fuera a posarse sobre la propia intimidad de su seno, palpitante al unísono con el canto que vino a sobreponerse por encima de todas las cosas, con los trémolos rasgando el aire entreverado de presagios de muerte... (*DAMA se detiene en sus gorgoritos y trémolos.*)

DAMA.— ¿Momó...?

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¿Señora?

DAMA.— Retorna a mi lado.

ARTISTA ADOLESCENTE.— Al instante, señora... (*Se acerca a DAMA.*)

DAMA.— ¿Cómo encuentra mi voz esta noche, mi severo sostenedor?

ARTISTA ADOLESCENTE.— Vuestra voz es una nube color vino en el centro de un cielo sereno. Quien así está iluminada por el fuego, permanecerá...

DAMA.— No caeremos en la fácil trampa de tu esperanza... Ya arrojé al vacío la copa de brindar, tras el amor; ya quemé mis últimos navíos... ¡Maestro!

BENITO.— (*Avanzando.*) ¿Madame? (*Es conveniente que suene la «e» final de madame, siempre que la pronuncie BENITO.*)

DAMA.— Acercad mi sillón. (*BENITO, con un gesto, indica a FRANCISCA, que durante todo el tiempo habrá permanecido subida en su taburete y contemplando la escena a través de los diversos colgajos, que aproxime el sillón de ruedas de DAMA. Lo hace FRANCISCA y vuelve a su taburete. Se sienta DAMA.*) Ahora, anunciadme...

BENITO.— (*A los muñecos.*) A cuantos honráis esta noche el balneario con vuestra presencia anunciamos que vuestros oídos van a deleitarse con un ramillete de canciones de ayer, flores revividas del pasado. Escuchémoslas, pues...

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Escuchémoslas! Vendrán a poner un poco de las lumbres de antaño en estas escorias otoñales de hogañó. (*Hacia el vacío infinito.*) Y tú, cucaracheja, apréstate para recoger, desde tu ventanuco, las migajas de la luz...

DAMA.— (*Paciente.*) En marcha, momó, en marcha... (ARTISTA ADOLESCENTE *empuja la silla de DAMA, que continúa con sus gorgoritos. De repente indica a ARTISTA ADOLESCENTE, con un gesto, que se detenga. DAMA tiene unas posecillas.*) Mi pañuelo, zuzú... (ARTISTA ADOLESCENTE *le entrega un pañuelo de muchos encajes. DAMA escupe en él. Se lo devuelve a ARTISTA ADOLESCENTE. Éste lo deja caer en las dependencias de FRANCISCA.*) Continuemos.

ARTISTA ADOLESCENTE.— Continuemos.

(Siguen la «peregrinación», ahora en silencio. Se detienen delante de uno de los veladores. En el respaldo de la silla correspondiente estarán colgados los dos muñecos idénticos y vestidos, también idénticamente. Llevarán sendos camaféos colgando del palitroque central. BENITO habrá colocado, delante de los rostros disformes de los monigotes, sendas mascarillas o caretas. Recordarán éstas las caras de las muñecas de china antigua, cadavéricas, exangües y repintadas.)

DAMA.— Detente, cocó... Me llega un perfume a heliotropo.

ARTISTA ADOLESCENTE.— La señorita Mercedes siempre lo usaba.

DAMA.— (*Juego de echar la cabeza hacia atrás y cubrirse el rostro por la muselina.*) ¡Evócame la escena! A mis pobres ojos les está vedado el contemplarla...

ARTISTA ADOLESCENTE.— Una mesita junto al ventanal del foro. A través de los cristales se distinguen unos tamarindos y otras plantas delicadas. Un cubo para el hielo del champagne a mano izquierda, lado del público. Y, en el centro del mismo del proscenio, las dos hermanas.

DAMA.— Déjame tentarlas.

(ARTISTA ADOLESCENTE aproxima la silla y conduce una de las manos de DAMA hasta el rostro de una de las muñecas.)

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¿La identificáis?

DAMA.— ¡Mercedes, hermana mía...! ¿Será posible que se trate de ti? (*Patética.*) ¡Ah, cocó, cuántas inescrutables peregrinaciones para acabar retornando, a través de los tiempos y de los espacios, al punto original...! (*Se detiene, neutra.*) Me gusta esta frase. Que se tome nota de ella y que se pase a los infolios.

ARTISTA ADOLESCENTE.— (*Finge escribir en el libro de siempre.*) Apuntada queda, señora.

DAMA.— (*Continúa con su patetismo.*) En cuanto palpé el camafeo de la familia..., (*Puede llevarse la mano al que se habrá puesto al cuello al comenzar la escena.*) ... toda, toda la vieja casa donde pasábamos los estíos, el sillón de mimbre de papá, la tetera de plata y el plato con las magdalenas..., todo, todo vino a ordenarse en mi memoria, como una decoración de teatro ante la cual se levantase el telón del tiempo...

ARTISTA ADOLESCENTE.— (*Preparando el libro.*) ¿Apuntamos la presente?

DAMA.— ¡No me interrumpas! Cuando sea digna de ello, yo lo decidiré. (*Continúa con su «historia».*) ... se levantase el telón del tiempo... Y, más allá del seto del jardín, recortada su silueta contra el malva del crepúsculo, alguien que avanzaba, en una mano la fusta de ordenanza y, en la otra, un ramo de mimosas... (*Interrumpe la «evocación».* *Habla, dulce.*) ¿Momó...?

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¿Madam?

DAMA.— Mi ramo de mimosas...

ARTISTA ADOLESCENTE.— (*Le tiende un ramo seco que habrá sacado BENITO de alguna sombrerera y entregado a ARTISTA ADOLESCENTE.*) Voila.

DAMA.— (*Siguiendo con su rebusca del tiempo perdido.*) ... un ramo de mimosas tendido hacia nosotras, hacia nuestros dos corazones latiendo bajo las muselinas; nuestros dos corazones anhelantes por saber para cuál de las dos sería la enamorada ofrenda... (*Tiende el ramo hacia uno de los muñecos.*) ¿Para ti, Mercedes? (*Al otro muñeco.*) ¿Para mí misma? (*Un silencio. DAMA empieza a sollozar.*) Pero el ramo fue para ti, el corazón del capitán para ti, todo fue para ti, hermana mía, mi compañera tierna y dorada en aquellos tiempos tiernos y dorados... (*Cambia de voz, ronca un instante.*) Mi rival... (*Vuelve al tono anterior.*) A ti te prefirió. Tú vestiste, junto a su uniforme de gala entre el humo del incienso, bajo los vidrios emplomados y el retumbar de los órganos, tu

traje de desposada. Tuyo fue el fruto... (*Le interrumpe un ataque de tos mayor que el anterior.*) ¡Mi pañuelo...! (*ARTISTA ADOLESCENTE le tiende un nuevo pañuelo. Mismo juego anterior, escupitajo, echado de pañuelo a FRANCISCA, etc.*) Sigue tú, momó. Este enfadoso acceso pasará pronto. (*Reverencia de ARTISTA ADOLESCENTE. Coge el ramo y comienza a mecerlo. Voz evocadora imitando la de DAMA.*)

ARTISTA ADOLESCENTE.— Tuyo fue el fruto de aquel matrimonio... (*De repente cambia a su voz habitual, encarándose al muñeco.*) Aunque, tal vez, el tal fruto fuera resultas de la flutita del primer poeta morenito, del primer bambino cobrado por vos en el mismísimo viaje de novios.

DAMA.— (*Dura.*) ¡Dudú! ¡No creo recordar este último pasaje de los textos!

ARTISTA ADOLESCENTE.— A veces se improvisa, madam. (*Vuelve al tono «romántico».*) Y a mí sólo me quedaron el lento llanto y la lenta resignación..., (*Repite más triste, si cabe.*) ... el lento llanto y la lenta resignación... (*En el límite de la melancolía.*) Junto a mis galgos rusos... (*DAMA se pone en pie. ARTISTA ADOLESCENTE quita la funda del espejo que se encontrará tras el velador de las «hermanas».*)

DAMA.— ¡Voy a cantar!

ARTISTA ADOLESCENTE.— Nada tiene de extraño. Nos hallamos en plena velada musical de madam.

DAMA.— (*Se dirige hacia los fantoches. Canta, siempre patética.*) Ah! Quand refleuriront les roses de septembre? Quand refleuriront les roses de l'automne...? (*Se sienta de nuevo en la silla de ruedas. Echa la cabeza hacia atrás. ARTISTA ADOLESCENTE le cubre el rostro. BENITO hace que las dos hermanas aplaudan «discretamente», utilizando, como ya se ha dicho, sus propias manos.*) ¿Cómo fue recibida nuestra recreación?

ARTISTA ADOLESCENTE.— Impacto discreto, madam, pero no hay que preocuparse en demasía; sólo estamos al comienzo de la complicidad.

DAMA.— Continuemos.

ARTISTA ADOLESCENTE.— Continuemos.

(Otro «paseito» por el «balneario». Gorgoritos y trinos. Puede repetirse, esta vez muda, la escena del pañuelo. Al llegar delante de un velador con un muñeco idéntico al de las «hermanas», pero vestido de negro

y con un velo de igual color tapándole el rostro, DAMA levanta una mano. ARTISTA ADOLESCENTE deja de empujar la silla. BENITO levanta el velo, pone una mascarilla al muñeco igual a las anteriores y vuelve a cubrir el «nuevo» rostro con el velo.)

DAMA.— Y, ahora, ¿dónde nos encontrábamos?

ARTISTA ADOLESCENTE.— Nuestro peregrinaje a través de las hispidas sombras nos habían conducido frente a Doña Mercedes.

DAMA.— ¿Qué clase de Doña Mercedes?

ARTISTA ADOLESCENTE.— Doña Mercedes, «tout court».

DAMA.— Quizás la descubra por sus galas...

ARTISTA ADOLESCENTE.— Un luto total.

DAMA.— ¿Su rostro?

ARTISTA ADOLESCENTE.— Polvoriento.

DAMA.— ¿Sus manos?

ARTISTA ADOLESCENTE.— Dos cenicillas... ¿Ya vais dando con ella?

DAMA.— Ya damos, ya... Y no es necesario que me describas su mirada. Me la sé; dura y amarga por los siglos de los siglos... (*Enfrentada al muñeco, agria unas veces, dulces otras.*) Porque a pesar de los años transcurridos, todavía, vieja rencorosa, no me has perdonado. A pesar de saber que no fui responsable de los sucedido... ¿Qué culpa habría de caberme en que él, el esperado cada crepúsculo por nuestros dos corazones anhelantes, me prefiera? ¿En que él, nuestro comúnmente amado, depositara en mi regazo el ramo de aupines? Yo jugué limpio, hermanita. Y limpiamente fui conducida por él, por nuestro idolatrado capitán, hasta el altar. Aún lo veo a mi lado, vestido para los esponsales con su gallardo uniforme de coronel de cazadores. La parte lóbrega de la historia la pusiste tú, tú, tú... (*Agria.*) Tú, hermana. Tú quien me abofeteó en medio del baile nupcial. Tú quien fijaste las armas y el lugar del duelo. (*Lírica.*) Y, en aquella lívida madrugada, fue mi sangre la que corrió sobre las hojas leonadas... (*Impositiva.*) ¡Ésta, sí! ¡Que se grave!

ARTISTA ADOLESCENTE.— (*Escribiendo en el libro.*) So-bre-las-hojas-leonadas... Cumplimentado, madam. Perduraré en la memoria de las gentes.

DAMA.— (*Lírica de nuevo.*) ... la que corrió sobre las hojas leonadas, a pesar de que yo, como ofendida, disparé en primer lugar y mi bala fue a per-

derse entre las nieblas que lamían los altos chopos, puesto que mi pistola, al contrario que la suya, prefirió ver frente a ella (*Agria.*) no una rival, (*Dulce.*) sino una hermana... (*Chilla.*) ¡El redingote!

ARTISTA ADOLESCENTE.— (*A BENITO, que durante esta escena compondrá la del GRAN MAYORDOMO.*) ¡Maestro Benito! ¡Madam requiere el redingote de desafiarse vestido por ella en aquella lívida mañana lamida de nieblas! (*BENITO saca de una de las sombrereras un redingote o levita negra. Se la entrega a ARTISTA ADOLESCENTE; éste la examina.*) Aguje-reada en la misma convexidad donde guardaba, como en un estuche íntimo, el sino izquierdo... (*La huele.*) ¡Aún huele a pólvora...! (*Se la entrega a DAMA.*) Vuestro redingote de tornabodas...

DAMA.— (*Estrechando contra sí la prenda.*) ¡Voy a cantar! (*ARTISTA ADOLESCENTE quita la funda del espejo correspondiente. DAMA comienza a cantar suavemente.*) Ah! Quand refleuriront les roses de l'automne? (*Sube, de repente, a un grito «desesperado».*) Les roses de novembre, les roses de la mort...! (*BENITO, con el juego indicado, hace aplaudir al fantoche enlutado, más fuerte que la vez anterior.*) Traduce, momó. Muchos de nuestros amigos no sabrán interpretar nuestro sentir.

ARTISTA ADOLESCENTE.— (*Al vacío.*) ¿Sigues ahí, bichejo? Madam quiere decirte que el tiempo perdido no es irrecuperable. Pero también te da a entender que puede haber sus mortales fallejas en el intento...

DAMA.— Déjalo, momó... ¿Falta mucho para la medianoche?

ARTISTA ADOLESCENTE.— Un par de veladores solamente.

DAMA.— (*Tose bastante.*) ¡Mi pañuelo, momó!

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Voilà! (*DAMA escupe, tiende el pañuelo a ARTISTA ADOLESCENTE.*)

DAMA.— ¡Es ya roja! (*ARTISTA ADOLESCENTE despliega el pañuelo; lo contempla.*)

ARTISTA ADOLESCENTE.— Ligeramente rosada...

DAMA.— No sé si tendrá fuerzas para llegar hasta el final.

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Animo, mamaíta! ¡El jugo de vuestros pulmones os ayudará a realizaros!

DAMA.— Continuemos.

ARTISTA ADOLESCENTE.— Continuemos. (*Paseo. Llegan junto al nuevo fantoche. Esta vez se tratará de una calavera. La vestimenta y el tocado*

corresponderán a un antiguo uniforme militar. BENITO cubre la calavera con la mascarilla correspondiente, idéntica a las anteriores.)

DAMA.— ¡El frasco! (BENITO saca de alguna caja del «equipaje» de DAMA un frasco oscuro. Lo lleva, con gran ceremonia, hasta entregárselo a ARTISTA ADOLESCENTE. Éste, con igual deferencia, se lo transmite a DAMA.)

ARTISTA ADOLESCENTE.— Doña Mercedes está servida. Y advertimos que, con ésta, las reliquias de madam se han agotado. El equipaje de madam hue-ro queda. Las sombrereras, a excepción de las destinadas a las postrimerías, (Señala a la que, destacada por un foco, se encontrará en la «planta noble».) sin contenido. (DAMA coge el frasco y lo eleva, como una copa ritual, por encima de su cabeza.)

DAMA.— Espero que tu idolatrado despojo, amado mío, me dé fuerzas para reconstruir el amargo pasado, le temps perdu...

ARTISTA ADOLESCENTE.— Allez y. (Quita la funda del espejo que se encuentra detrás de la momia enmascarada.)

DAMA.— ¿Qué haces, momó?

ARTISTA ADOLESCENTE.— Quita las veladuras que impiden la debida reproducción de madam. Doy paso a los reflejos, a los reflejos de los reflejos, a los reflejos de los reflejos de los reflejos... Y, así, hasta la apoteosis infinita de madam.

DAMA.— Allá tú con tus enigmas. Ponme frente a él... (ARTISTA ADOLESCENTE conduce las manos de DAMA hasta la mascarilla de la momia. DAMA la acaricia.) ¡Ingrato, ingrato...! ¿Por qué...? (Vacila; repite.) ¿Por qué...?

ARTISTA ADOLESCENTE.— («Apuntándola».) ¿Por qué fuiste tan cruel...?

DAMA.— ¿Por qué fuiste tan cruel y así me abandonaste? ¿Por qué...? ¿Por qué? (Nueva vacilación; sollocitos.) No puedo, momó... Me atenan la pena y la nada... ¡De verdad que no puedo! (ARTISTA ADOLESCENTE avanza y acaricia él mismo la mascarilla. DAMA «sigue la partitura» en el libro de los «textos».)

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Ingrato, ingrato, ingrato, ingrato...!

DAMA.— ¡No! Solamente tres ingratos. (Reverencia de ARTISTA ADOLESCENTE.)

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Ingrato, ingrato, ingrato...! ¿Por qué fuiste tan cruel para dejar este mundo, y a mí en él? Pero ya sé que aquel amor nuestro estaba teñido por el signo de la adversidad y de la muerte. Tal vez ella, (Ronco.) mi hermana y enemiga; ella y tu esposa y enemiga, (Suave.)

tal vez ella, la que era dueña de tu nombre, pero no de tu corazón, (*Alza el frasco como antes lo había hecho DAMA.*) tal vez ella, al ser abandonada, puso entre nosotros el obstáculo, frío como el acero, afilado como un cuchillo, de su invisible presencia..., (*Tose DAMA.*) tal vez ella, ella, ella, su conjuro, su maldición, fue la que hizo que estos gérmenes emponzoñadores corroyesen mis pulmones... (*Tose DAMA.*)

DAMA.— ¡Mi pañuelo!

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Voilà! (*DAMA escupe. ARTISTA ADOLESCENTE recoge el pañuelo. Contempla la salivilla.*)

DAMA.— ¿Roja...?

ARTISTA ADOLESCENTE.— Roja sin remisión, madam. La noche avanza... (*Deja caer el pañuelo donde siempre. Continúa su representación, frente al «húsar».*) Y así, una noche de fiebre y exterminio, para preservarte de mis letales besos, yo te hice creer que mi amor había dejado de pertenecerte... Y tú, ¡ingrato, ingrato, ingrato, ingrato...!

DAMA.— (*Señalando el libro.*) Ahora sí; cuatro.

ARTISTA ADOLESCENTE.— ... ¡Ingrato, ingrato, ingrato, ingrato!, pusiste en esta yerbita rubia, en tu pelo de capitán, un arroyito de sangre... (*Aprieta la mascarilla hasta que chasca entre sus manos. Mete un dedo y «barrena» en un agujero que tendrá uno de los parietales de la calavera interior.*) Por aquí, por esta cavernita, se escapó tu fragancia vital y mi única posibilidad de ser dichosa para siempre jamás. (*DAMA toma el «relevo».*)

DAMA.— ¡Ingrato, amadísimo ingrato...! Tú te retiraste a tu trasmundo y a mí solamente me dejaste tu núcleo más íntimo, tu centro más secreto, pero, ¡ay!, frío e inerte... (*Perentoria.*) ¡El corazón del capitán! ¡Aportésemele! (*ARTISTA ADOLESCENTE levanta el frasco de nuevo, lo más alto posible por encima de su cabeza y lo deja caer contra el suelo. Se romperá —si no sucede, se repetirá la operación, con la misma ceremonia, hasta que se consiga— y se desparramará el líquido rosáceo —hidrosangrucha— que contenga y, entre tal líquido, un trozo de víscera «fresca».*) ARTISTA ADOLESCENTE recoge la carne y la contempla un tiempo, remansada entre sus dos manos juntas. Pastiche Hamlet-calavera. Entretanto, BENITO habrá sustituido la mascarilla saltada por otra nueva.)

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡El corazón del capitán Mercedes! ¡Del quinto de coraceros de Su Majestad Imperial...! (*Entrega a DAMA la pieza de casquería*). Voila... (*DAMA se acaricia las mejillas con el trozo de bofe llenándose, lógicamente, de «hidrosangrucha». También puede besarlo o mordisquearlo «tiernamente».*)

DAMA.— ¡Voy a cantar!

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Ábrase cada cual al pan de la música y al vino de la muerte! ¡Recojamos las últimas variaciones sobre el reputado tema titulado!: (*Escribiendo «en el aire»; amplitud de gestos.*) ¡Canto del Cisne de madam! (*Gran reverencia.*) ¡Adelante, Señora!

DAMA.— (*Cantando.*) Quand refleuriront...? Ah¡ quand refleu... (*Vacilación.*) ¡Ayuda, momó! ¡Ayuda!

ARTISTA ADOLESCENTE.— (*A todos los muñecos.*) ¡Todos! ¡Todos...! Ocasión es de que ayudemos a nuestra primadonna, quebrantada por la emoción... (*Se oye un ruido cacofónico de los muñecos cantando.*)

VOCES.— ... le ros de lotón, le ros de septtembre, le ros de lotón can refleguigón, can refleguigón le ros de lotón, le ros de septtembre... (*Estas voces se repetirán cíclicamente hasta el final de la escena, subiendo y bajando de volumen pero sin entorpecer el diálogo de los actores.*)

DAMA.— ¿Los oyes, momó...? ¡Son ellos...!

ARTISTA ADOLESCENTE.— Los oigo, madam: ecos, ecos de ecos, ecos de ecos... Y, así hasta la apoteosis infinita de madam.

DAMA.— Ahora, rirrí, sentimos regurgitar dolorosamente nuestra entraña...

ARTISTA ADOLESCENTE.— Podéis proceder. Se aproxima la medianoche, hora de vuestro oficial vómito de sangre. (*A BENITO.*) ¡Maestresala! ¡El lienzo de madam! (*BENITO acerca un gran paño blanco —podría ser uno de los manteles— y se lo entrega a ARTISTA ADOLESCENTE. Éste, a su vez, a DAMA, que hace mímica de vomitar sobre él. ARTISTA ADOLESCENTE lo recoge y lo restriega sobre el líquido hidrosangriento e, incluso, frota con él la pieza de asadura.*)

DAMA.— Demos por terminado el recital. Retirémonos a nuestros aposentos.

ARTISTA ADOLESCENTE.— (*Señalándola.*) ¡En la planta noble! (*DAMA se levanta de su silla y, siempre conducida por ARTISTA ADOLESCENTE como por un lazarillo, sube al espacio acordonado de la «planta noble». ARTISTA ADOLESCENTE quita las últimas fundas a una especie de tocador con espejo, y a un asiento que se encuentra delante de aquél.*)

Pone sobre dicho tocador la sombrerera última y una lamparita igual a las de los veladores. La enciende. Da una luz lívida y espectral –también podría utilizarse un candelabro con muchos cirios–. DAMA se sienta. ARTISTA ADOLESCENTE le tapa la cabeza con el paño «ensangrentado». FRANCISCA recoge todos los pañuelos que le han ido echando y comienza a lavarlos en la tina. DAMA habla por debajo del trapo.)

DAMA.– ¿Son ya las doce?

ARTISTA ADOLESCENTE.– En todos y en cada uno de los espejos.

DAMA.– Esa muchacha, ¿qué hace?

ARTISTA ADOLESCENTE.– Lava.

DAMA.– ¿Y los huéspedes? (*Fingiéndose asomarse por encima de los cordones y oteando hacia los fantoches de abajo.*)

ARTISTA ADOLESCENTE.– Pasean entre los tamarindos y cantan las canciones que les enseñasteis...

DAMA.– ¡Se preocupan de mí! ¡Cantan por mí! ¡Me recuerdan! (*Con un gran grito.*) ¡Me aman, mamá, me aman...!

ARTISTA ADOLESCENTE.– Sí, madam. La complicidad avanza hacia su consumación.

DAMA.– ¡Pobres míos...! ¿Cómo recibirán mañana la triste noticia de mi fin?

ARTISTA ADOLESCENTE.– No se preocupe, señora. Quedan colgajos de noche todavía.

DAMA.– Apresurémonos, ángel mío.

ARTISTA ADOLESCENTE.– Despójese de sus inquietudes la señora. Hubo un tiempo para adornar el círculo que nimbaba a nuestra Dama y habrá un tiempo para adornar a nuestra Dama misma. (*Quita el trapo del rostro de DAMA.*) Por lo pronto, con el permiso de madam, echaremos esto a lo sucio... (*Grita.*) ¡Benito!

BENITO.– (*Acercándose.*) El joven señor me honra sobremanera reclamándose por mi nombre de pila.

ARTISTA ADOLESCENTE.– Madam desearía que le fuera lavado su cubrerrostros para la toma de aguas verdadera.

BENITO.– Le será restituido impoluto como una camelia.

ARTISTA ADOLESCENTE.– ¡Bravo, mi señor don Benito! Ya os vais empapando de las líricas esencias de los que pronto sustituiréis. (*Entrega el paño a*

BENITO. *Éste se entretiene en retirar, también, todos los manteles de*

los veladores. Durante esta operación ARTISTA ADOLESCENTE se precipita al sitio donde se encuentra FRANCISCA arrodillada delante de su tina.) ¡Cucaracheja...!

FRANCISCA.— ¡Huy, señorito, qué susto me ha dado!

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Huye cuanto antes, cucaracheja! ¡Líbrate de los pingajos que te sueltan desde las religiones celestiales y escapa! ¡Haz lo que digo o te van a desollar las manos a fuerza de hacerte expurgar roñas consagradas! ¡Escapa, escapa...! (*Se acerca BENITO cargado con todos los manteles.*) ¡Lástima, bichejo! ¡Manumisión perdida! (*Vuelve, caminando despacio, junto a DAMA. Se cruza con BENITO, que llega junto a la tina de FRANCISCA. Echa los manteles en ella.*)

BENITO.— ¡Felicitamos a la señorita...! ¡La señorita, a no dudar, habrá pasado una agradable «soirée» sin perderse ni ripio de la función superior...!

FRANCISCA.— Sí que sí. Estos trapitos no han sido cosa de mucho. Puede ver a mi antojo a los señores éstos, tan elegantes, allá arriba. Únicamente el olor atacaba un poquitín... (*Haciéndose aún más, la tonta.*) ¡Como a peces pochos, mi señor don Benito! ¡Y cada vez más fuerte...!

BENITO.— ¡Calla, necia! ¿Qué sabréis vosotras las romas criadas, del aroma de los señores! Por lo demás, ya verás cómo huele el balneario cuando le haya pasado la bayeta unas cuantas veces... ¡Arriba, especie de gandula! (*FRANCISCA coge uno o dos cubos y sube al «balneario». Se pone a fregar el suelo. Canta mientras lo hace. Entretanto, ARTISTA ADOLESCENTE comienza a dar masajes a DAMA, frente al espejo del tocador.*)

DAMA.— ¿Cómo encuentra mi rostro esta noche mi severo maquillador?

ARTISTA ADOLESCENTE.— Vuestro rostro es una nube de color serenos en el centro de un cielo vinoso. Quien posee tal belleza sobrevivirá a sus súbditos. (*Sigue el maquillaje; se oye el canto de FRANCISCA.*)

FRANCISCA.— El agüilla de la fuente
se lleva la suciedad;
el mármol de los señores
lo tengo yo que fregar...

Restriega que te restriega,
friegas que te fregarás
el salón de los señores
como el jaspe quedará...

(BENITO va quitando a los fantoches sus telas y tocados. Lo hace ahora con el muñeco enlutado.)

BENITO.— Permítame la señora explicarle que el corpiño de la señora tiene una mancha de sangre en la sisa. Desde luego que seca, señora. Sin duda, de épocas de cierta turbulencia de la señora. Con el consentimiento de la señora echaremos esto a lo sucio. *(Quita las ropas, hace un montón con ellas, junto al sitio donde se halla FRANCISCA, o las mete en uno de los cubos. DAMA se dirige a ARTISTA ADOLESCENTE, que sigue su labor de aderezo.)*

DAMA.— ¿Qué hora es ya, dulce mío?

ARTISTA ADOLESCENTE.— El cielo es como un vinillo tinto, ya os dije. Pero lo van aguando los ángeles del horizonte. La mañana se insinúa...

DAMA.— ¿Falta mucho para terminar nuestro aderezo?

ARTISTA ADOLESCENTE.— El alcanfor para el lóbulo, la canela para los pezoncillos, el aceite para las ingles... Y, sobre los bálsamos del perdurable simulación, el Gran Collar de la Orden del Oso.

DAMA.— ¡Apresúrate!

FRANCISCA.— *(Fregando y cantando.)*

Golpea que te golpea,
golpe que golpearás,
la ropa de los señores
yo la tendré que lavar...

¡Qué gusto verles tan limpios
cuando de visita van!,
y cuando van a sus misas,
¡qué gusto verlos pasar...!

BENITO.— *(Ha puesto al fantoche, ya desnudo, una pabela y unas muselinas idénticas a las que lleva DAMA. Desnuda otros espantapájaros y las viste iguales que la anterior. Las mascarillas permanecen. Se dirige al fantoche según lo va vistiendo.)* En efecto, señora: las gemelas de Guermantes, nacidas Mercedes, también se presentaron a tomar sus aguas con pabelas y muselinas. Hacen furor esta temporada... *(A FRAN-*

CISCA.) Si no te das prisa con esos estropajos, me parece que sé de alguien a quien se va a poner de patitas en la puerta del balneario.

FRANCISCA.— *(Cantando y fregando más aprisa.)*

El agüita de la fuente
se lleva la suciedad,
las damas del balneario
a tomar sus aguas van...

Restriega que te restriega,
lava que te lavarás,
yo seré más que dichosa
de poderlas contemplar
desde mi buen ventanuco
de las cocinas de atrás...

DAMA.— ¿Qué hora es ya, mi lobito?

ARTISTA ADOLESCENTE.— La precisa. Podemos pasar al final cuando madam disponga. *(BENITO habrá quitado ya los vestidos a todos los muñecos y se los habrá «cedido» a FRANCISCA.)*

DAMA.— Recuerda el protocolo.

ARTISTA ADOLESCENTE.— Lo recuerdo. Faltan las frases del antemorrir.

DAMA.— ¡Apresurémonos!

ARTISTA ADOLESCENTE.— *(Coge el libro, lo abre, lee.)* ¡Ah! ¡Cuándo reverdecerán las rosas del otoño...!

DAMA.— La empleamos ayer. *(ARTISTA ADOLESCENTE rebusca en el libro. Mímica de leer más frases y negativa gestual de DAMA. No se les oye. BENITO se dirige al último fantoche que queda por vestir.)* Sí, reverencia: en la liturgia del adviento son preceptivas las pamelas y las muselinas... *(A FRANCISCA.)* ¡También debajo de los sofás, holgazana! *(Ya habrá dotado de pamelas y muselinas a todas las marionetas. Apaga las lamparitas de los veladores.)* ¡Ayúdame ahora a colocar a sus señorías!

(Ayudado por FRANCISCA, BENITO tiende una cuerda elástica o algo semejante de lado a lado del balneario y la

sujeta, por ejemplo, de los mástiles «salomónicos». Cuelga de ella todos los fantoches enmascarillados, empapelados y enmuselinados, ya idénticos entre sí e idénticos a la misma DAMA, máxime que ARTISTA ADOLESCENTE habrá ido maquillando a ésta hasta que su rostro haya tomado la apariencia de una mascarilla más. FRANCISCA sigue fregando y cantando.)

FRANCISCA.—Restriega que te restriega,
lava que te lavarás...

BENITO.— *(La interrumpe.)* ¡Lárgate de una vez! Acabarás por despertar con tus estúpidos cuplés a todos los señores de la planta noble... Y llévate todas esas ropas. Espero que para la velada de mañana las tengas todas tan limpias como patena.

(FRANCISCA, cargada con sus cubos y sus ropas sucias, se dirige hacia sus cocinas. Allí sigue lavando en su tina. Se oye la lectura del libro que mantiene abierto ARTISTA ADOLESCENTE.)

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Ingrato, ingrato, ingrato...! ¡A Zaragoza, a Zaragoza...!

DAMA.— Pon una señal en ésa. Puede valer. ¿Qué hora es ya? *(ARTISTA ADOLESCENTE se «asoma» hacia los muñecos tendidos. Habla con gran solemnidad.)*

ARTISTA ADOLESCENTE.— La complicidad quedó consumada. La impostura, conclusa. Nuestra gran dama ya se encuentra repetida dentro y fuera del tabernáculo, más allá y más acá de los espejos... Sólo falta pinchar la vejiga y dejar que se escape la podre malhuele...

DAMA.— ¿Cómo dices, momó?

ARTISTA ADOLESCENTE.— *(Lírico.)* Que las primicias de la aurora filtran sus vapores evanescentes a través de los terciopelos que cubren la Gran Balconada... *(Neto.)* En suma, madam: un nuevo amanecer. *(Se pone en pie súbitamente, grita hacia los espectadores al tiempo que abre los brazos con un gran gesto hacia el «futuro».)*

DAMA.— ¡La mañana, momó! ¡Lo alcanzamos! ¡Lo conseguimos! ¡Los nocturnos temores han quedado sepultos entre las sombras que los alimentaron! ¡El ciclo de la luz rueda de nuestra mano, gira en favor nuestro!

ARTISTA ADOLESCENTE.— *(Más siniestro y rencoroso que nunca.)* A pesar de todo, madam, las horas del alba pondrán un escalofrío en vuestros huesitos de nieve... Habrá que introducirnos en el lecho algo que os haga revivir. Por ejemplo, el efluvio de nuestra carne joven, tierna como una rosa tierna, turgente...

DAMA.— ¡Nada de huesecitos de nieve! ¡No sentimos frío alguno! Sólo seguridades y reconfiguración. Y en cada estancia del balneario ya se habrá vestido para la ceremonia matinal. Ya irán bajando por la Gran Escalera, camino del manantial de salvación... ¡Las aguas les aguardan! *(Des-ciende hacia la fila de muñecos colgados. BENITO habrá llenado una bandeja con vasos y copas. Recibe a DAMA con la reverencia habitual. ARTISTA ADOLESCENTE, entretanto, se maquilla a sí mismo frente al espejo del tocador de la «planta noble». Canta, mientras lo hace, la canción de «Don Muerte y la doncella».)*

ARTISTA ADOLESCENTE.— Don muerte quiso acudir,
 aburrido como estaba
 disfrazado de doncella
 a cierto baile de máscaras
 con aparente antifaz
 La calavera tapada.
 Acudió a la misma fiesta,
 de juvenil porcelana
 camuflando sus pellejos
 y de doncel disfrazada,
 cierta marquesa más vieja
 que mear en una tapia...

(Puede repetir la estrofa mientras DAMA va cogiendo los vasos de la bandeja y vaciando su contenido sobre las cabezas de los muñecos después de quitarles las correspondientes pamelas.)

DAMA.— Las aguas sustentadoras, *(Baña a un muñeco.)* las aguas resucitadoras, *(Baña a otro.)* las aguas redentoras... *(ARTISTA ADOLES-*

CENTE *va dando a su rostro una apariencia lívida y cadavérica, como la de los fantoches y la de DAMA. Sigue cantando.*)

ARTISTA ADOLESCENTE.— El doncella y la doncel
 en el baile se encontraran
 y entre asmas y gargajos
 un rigodón se marcaran
 y llegado fue el momento
 de dejar caer las máscaras.

DAMA.— *(De muñeco en muñeco, cada vez más iluminada. Si hay mas «aguas» que muñecos, puede reemprender la ceremonia, bien por el extremo de la fila, bien al «capricho de su fantasía».)* ¡Las aguas rescatadoras! ¡Las aguas gratificadoras! ¡Las aguas retribuidoras! ¡Las aguas redimidoras!... *(Sigue su «riego» mientras ARTISTA ADOLESCENTE canta.)*

ARTISTA ADOLESCENTE.— Para llevarme este momio
 a la cama camposántica
 buena gana de fingirse
 doncellica encandilada,
 Don Muerte, pensó sin duda,
 caída a sus pies el alma.

DAMA.— ¡Las aguas trascendedoras! ¡La aguas transformadoras! ¡Las aguas transmutadotas! ¡Las aguas transubstanciadoras! ¡Las aguas transverberadoras!... *(ARTISTA ADOLESCENTE se pone una pabela y unas muselinas que habrá sacado de la última sombrerera. Saca también la «capa de agonizar» que ya funcionó en la parte primera. Baja, con ella al brazo, cantando, hacia la fila de muñecos.)*

ARTISTA ADOLESCENTE.— En cuanto a la condeduca
 que ya se sintiera el anca
 traspasada de doncel
 cuando el rigodón cesara
 de pensar no tuvo tiempo
 absolutamente en nada.
 Don Muerte, incluso en los «dancis»,
 de tal suerte se las gasta.

(Se coloca el extremo de la fila hacia el que avanza DAMA bañando fantoches.) ¡Las aguas recobradotas! ¡Las aguas restablecedores! ¡Las aguas restauradoras!... *(Llega delante de ARTISTA ADOLESCENTE. Alza una copa.)* ¡Las aguas prometidas! *(DAMA quita la pamela a ARTISTA ADOLESCENTE, dispuesta a bañarlo. ARTISTA ADOLESCENTE da un gran taconazo y se envuelve en la «capa de agonizar» dando un amplio revoloteo a la misma Reverencia.)*

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¿Danzamos, madam?

DAMA.— *(Con un respingo.)* ¿Quién eres tú? ¡No te conozco!

ARTISTA ADOLESCENTE.— Vuestro triste artista tierno... Rainer María Thanatos.

El cumplidor de los horóscopos. El pinchador de vejigas. El destripador de viejas... *(Acompaña cada «título» con otra reverencia.)*

DAMA.— ¡No, momó! ¡Ese disfraz, no! ¡El manto de agonizar, no! ¡La danza de la muerte, no...! *(Gesticulando ante ARTISTA ADOLESCENTE como si quisiera exorcizarlo.)* ¡Las aguas eternas! ¡Las aguas bienaventuradas! ¡Las aguas celestiales!...

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Las aguas repetidas! ¡Las imágenes repetidas! ¡Las frases repetidas! ¡Las Damas repetidas! *(Con una reverencia más acusada que ninguna.)* ¡La muerte repetida! ¡Dancemos, pues, madam! *(A BENITO.)* Maestro: la matinée danzante de madam comienza. Hacednos oír la pieza favorita de madam... *(La frase musical repetida, que no habrá dejado de sonar, de las rosas del otoño sube de tono. Puede convertirse en una especie de coro cantado por «voces blancas» sobre un tema reverencial y cortesano. BENITO puede iniciar unos pasos de baile con alguno de los fantoches. ARTISTA ADOLESCENTE ciñe el talle de DAMA y la obliga a danzar lentísimamente.)*

DAMA.— ¡No, momó, no...!

ARTISTA ADOLESCENTE.— Y llegada fue la hora en que empezaron a narrar la historia los narradores de historias. Escucha, vieja y maldita zorra...

DAMA.— ¡No, no...! ¡Esos palabros no! ¡Conservemos los modos! ¡Guardemos las maneras!

ARTISTA ADOLESCENTE.— *(Acentuando, pero muy lentamente, el ritmo del baile.)* Érase una vez una vieja y maldita zorra que andaba a la caza de tiernos adolescentes, de poetas sensibles y de otros descojonados parásitos de su calaña...

DAMA.— ¡Bailaré contigo! ¡Seré tu compañera de danza! ¡Pero tendrás que hablarme de la niebla sobre los chopos, de las sonoridades de las cítaras, del Bósforo bajo la magia lunar...!

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Y los perritos, con tal de que los libran de sus úlceras y de sus piojos ancestrales, lamían a la zorra y puerca vieja todo lo que había que lamerle...!

DAMA.— (*Se lleva la mano al pecho.*) ¡Mi corazón! ¡Me duele el corazón, momó! ¡Recuerda lo mucho que ha latido mi corazón!

ARTISTA ADOLESCENTE.— (*Feroz.*) ¡Me cago en tu puto corazón de perra vieja!

DAMA.— ¡De rodillas, momó! ¡Has de pedir clemencia de hinojos! ¡Sólo así se te podrán perdonar tus ofensas infinitas! (*Empuja, lenta, pero inexorable, la cabeza de ARTISTA ADOLESCENTE hacia abajo. Éste continúa hablando mientras desciende.*)

ARTISTA ADOLESCENTE.— Y érase una vez un balneario viejo y leproso como un imperio, lleno de encajes, de cenefitas, de tacitas para el chocolate, de copitas para el moscatel, de vasitos para las aguas milagrosas... ¡Y de mierda! ¡¡Y de mierda!! ¡¡¡Y de mierda!!! (*Queda de rodillas, abrazado a DAMA, que sigue, siempre levemente, el ritmo de la música.*)

DAMA.— Nuestra heroína, al anochecer, embriagada por los acordes de las mazurcas embrujadas...

ARTISTA ADOLESCENTE.— Y la maldita y puerca zorra, hija de cien mil puercas zorras...

DAMA.— ... des rives de la Lire aux bords de l'Italie...

ARTISTA ADOLESCENTE.— ... a las cenefitas de mierda; a las tacitas, a las copitas, a los vasitos de mierda; a los grandes collares de mierda de la orden del oso de la mierda; a las grandes mierdas de los collares, de mierda de Dama de mierda...

DAMA.— ... y, entonces, el conde Wronski decidió llevar a Ana Karenina al baile de la ópera aun a sabiendas de que aquella severa sociedad...

ARTISTA ADOLESCENTE.— («*Operístico*».) ... de la mierda, de la mierda, de la mierda.

DAMA.— ... se desgranaban las villas de Noveport, de Clairfontaine, de Martinville le Sec, tierras todas vasallas de los Guermantes, perfumadas de auvepines...

ARTISTA ADOLESCENTE.— («*Lírico*».) ... de la mierda, de la mierda, de la mierda...

DAMA.— ¡Es inútil, momó! ¡No te escuchaba! ¡No te escucho! ¡No te escucharé!... Una campana de mágico cristal me rodeaba y se estrellaban contra ella tus palabras enemigas, tus palabras corrosivas...

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Las palabras del arroyo! ¡Las palabras de la plebe! ¡Las palabras del populacho! ¡Las palabras de las turbas...! ¡Las palabras de los perros tiñosos antes de ser transmutados a la sublime condición de poetas lamerones...! *(Un gran silencio. ARTISTA ADOLESCENTE hunde con rabia los hocicos en el regazo de DAMA. Ésta termina por hablar con voz ronca.)*

DAMA.— Y érase una vez un perrito tan regalado por su amita que se sabía en la cúspide del privilegio. Y, para tranquilizar su podrida conciencia, quería hacer creer a todas las criadas del imperio y, sobre todo, quería hacerse creer a sí mismo que odiaba a su amita y que, algún día, su lengua, cargada de veneno, vendría a picar en el centro vital de su amita. Pero el perrito de la alcoba, en el fondo ignorado de su corazón, podrido por el privilegio y por el regalo, amaba a su amita y, sobre todo, amaba su privilegio y su regalo... *(Con un gran grito coge la cabeza de ARTISTA ADOLESCENTE entre la manos.)* ¡Porque tú me amabas, momó, me amabas...! ¡Tú también me amas! ¡Sigue, mi amor, sigue...! *(Voz desfalleciente.)* ¡Mi artista! ¡Mi perrito resplandeciente! ¡Mi marranito...! *(Con una fulguración final.)* ¡Más, más...! ¡Toda, toda...! *(Canalla hasta el límite.)* ¡No te queda más saliva en esa lengua, hijo de puta! *(Se queda inmóvil y en silencio. Su rostro es una mezcla de éxtasis y de podredumbre. ARTISTA ADOLESCENTE se levanta muy lentamente. Cuando los dos rostros quedan enfrentados ARTISTA ADOLESCENTE escupe el rostro de DAMA.)*

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Cerdo!

DAMA.— *(Con un hilillo de voz.)* ¡Ingrato, ingrato, ingrato...! ¡A Zaragoza, a Zaragoza...! *(Se desmaya intentando apoyarse en ARTISTA ADOLESCENTE. Éste le deja caer. De un gran salto, se dirige a la fila de fantoches y con un cuchillo de cocina corta la cuerda y hace que aquéllos se derrumben entre un ruido de palitroques desarticulados y de mascarillas desparramadas. Blandiendo el cuchillo en alto corre hacia el cuchitril de FRANCISCA.)*

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Arriba, cucaracheja! ¡La hija de todas las perras ya reventó por fin! *(Da una patada a los fantoches derruidos.)* ¡Y a todos los fantoches contruidos a su imagen y semejanza un simple cu-

chillo bastó para dejarlos en cagaditas de trapo! ¡Sí, bichirrinín: hay un tiempo de lamidas y otro de cuchillos! ¡Saca tú ahora el que tendrás oculto en tu caja secreta y hazlo brillar, definitivo, a la luz que chorrea la mañana...! ¡Abre, bichirrinín! ¡Libertad y vino sean con nosotros! ¡Abre!

FRANCISCA.— *(Se levanta de su lavadero. Se seca las manos en el delantal.)* ¡Ay, Dios mío, y cuánta prisa tienen siempre esa gente de arriba! ¡Ya voy, señorito, ya voy...! Pero tenga cuidado, que todavía no he terminado con mi sangre... *(Saca el bidé; va a sentarse en él. Entra ARTISTA ADOLESCENTE con ímpetu y da una patada al bidé. Zarandea a FRANCISCA.)*

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¿De qué hablas? Ya puedes abandonar tu infierno. Se acabaron los cacharros desportillados. Se acabaron las sombras y la tiña. ¡Arriba, gatito nuevo! ¡Al sol, al sol...!

FRANCISCA.— *(Mientras es agitada.)* Entonces, ¿llegó ya el momento de lucir el regalo de la señora?

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¿A qué regalo te refieres?

FRANCISCA.— *(Saca de su «caja de los tesoros» la pamea y las muselinas. Va a ponérselas.)* A éste, señorito... *(ARTISTA ADOLESCENTE le arranca las prendas con rabia, las tira al suelo, se arrodilla junto a ellas y comienza a golpearlas con los puños.)* ¡Trapos en vez de cuchillos! ¡Revolución de mierda! ¡Plebe de mierda! ¡Populacho de mierda! ¡Imitadores de mierda! ¡Mierda de mierda sin sus dioses de mierda! *(En este momento DAMA rebulle en el sitio donde quedó derribada. Voz profundamente quejumbrosa.)*

DAMA.— ¡Momó...!

FRANCISCA.— Me parece que os llama vuestra mamá, señorito... *(ARTISTA ADOLESCENTE queda abatido en el suelo, sin moverse. FRANCISCA guarda las vestimentas de nuevo en la caja. La rodea con su cordón, con parsimonia y se pone de nuevo a lavar sin hacer más caso de ARTISTA ADOLESCENTE. Canta.)*

Las damas del balneario
a tomar sus aguas van,
con sus ropitas tan limpias
que yo tuve que lavar.
Restriega que te restriega,

lava que te lavarás,
las damas se purifican
y a mí me lo deberán...

DAMA.— (*Más fuerte.*) ¡Momó!

FRANCISCA.— Vuestra mamá, señorito. (*Sigue ARTISTA ADOLESCENTE abatido, la frente contra el suelo. Se acerca BENITO a DAMA.*)

BENITO.— El joven señor se trasladó un momento a las cocinas.

DAMA.— ¿Eres tú, Benito?

BENITO.— El mismo, señora. Y que se siente altamente honrado con que la señora recuerde su nombre de pila.

DAMA.— ¿De modo que nos abandonó ese cuervecito?

BENITO.— El joven señor parece tener asidua afición a los descendimientos.

DAMA.— ¡Y tú, mi buen Benito!

BENITO.— Yo soy más constante en permanecer junto a la señora.

DAMA.— Tuve una horrible pesadilla, mi fiel Benito.

BENITO.— Ya sé; la señora soñó que despertaba. Tendió sus brazos hacia el otro lado del lecho y lo encontró vacío. El ingrato había partido en medio de la noche y la señora permaneció temblando hasta el amanecer, atenazada por la pena y por la nada...

DAMA.— (*Quejumbrosa.*) Sí; el ingrato había partido... (*Se incorpora, rabiosa.*) ¡A revolcarse con esas zurrupias de los sótanos! ¡Aunque bien que creo que no les dará demasiado gusto con sus lirismos!

BENITO.— ¿Quién sabe? A lo mejor la poesía también es del agrado de esos entes sencillos...

DAMA.— ¡Lo único que les gusta a esas hijas de los fogones es otra clase de animaciones, más tiesas y duras! De las que nuestro principito adolescente no anda, por cierto, muy sobrado...

BENITO.— El dolor del abandono hace hablar así a la señora; pero ya verá cómo el joven señor ha de volver, arrepentido, a los brazos de la señora. Siempre ha sucedido.

DAMA.— (*De nuevo quejumbrosa.*) Y, entretanto, ¿qué haré?

BENITO.— Madam puede tener una pesadilla un poquitín más larga... (*Coge una de las muselinas de DAMA y se la enrosca al cuello con «delicadeza». Luego, de repente, aprieta.*)

DAMA.— ¿Qué haces, Benito?

BENITO.— (*Dictatorial.*) Lo que ha de hacerse con aquellos que intentan librarse del pudridero con imagería y con teatro. En lugar de emplear la tradicional disciplina. (*La ahoga sádica y parsimoniosamente. Luego se quita la casaca de mayordomo y la tira con desprecio al suelo. Abre las piernas en actitud de jactanciosa marcialidad. Llama con voz meliflua que contrasta con tal actitud.*) Momó...

FRANCISCA.— Creo que os llama de nuevo, señorito.

BENITO.— (*Con voz mucho más ruda.*) ¡Señor Marcelo Rainer María!

FRANCISCA.— Y esta vez no parece que sea vuestra mamá...

(*ARTISTA ADOLESCENTE se levanta del sitio en que, durante toda la escena anterior, ha permanecido postrado y se acerca a aquel donde BENITO ha dejado el «cadáver» de DAMA. Le quita un zapato y le besa el pie desnudo.*)

ARTISTA ADOLESCENTE.— ¡Qué fríos se te van quedando los bajos de la cortina, madrecita! ¡Es inexorable: telón bajado, comiquejo helado...! (*Arrastra, tirando del pie desnudo a DAMA.*) ¡Perdón, madrecita, por arrastrar así, hasta el desolladero, tus amados despojos! Se nos llamó para recamar tu escenario, y ahora se nos requiere para desmantelarlo. Hay que dejar libre el espacio escénico para los fantoches del nuevo espectáculo. Tal es la rueda que rige los fúnebres teatros del poder... (*Deja en un rincón oscuro el montón de DAMA. Se acerca a BENITO.*) ¡No es cierto, madrecita? (*BENITO le coge de un brazo y se lo retuerce hasta que ARTISTA ADOLESCENTE cae al suelo, doblegado.*)

BENITO.— ¡No se te permitirán más insolencias! ¡Se acabó la comedia de la comedia! ¡De ahora en adelante te comportarás con la corrección y el respeto que son exigibles a todos y a cada uno de los servidores del establecimiento. Por desgracia, la dirección no puede prescindir de los que hicieron de su intelecto oficio y dedicación. Pero ello no entrañará que les asista privilegio alguno dentro del nuevo balneario...

ARTISTA ADOLESCENTE.— (*Desde el suelo.*) Sí, excelencia... (*Queda postrado en el suelo. BENITO se acerca a DAMA y le quita su pamela y parte de sus muselinas. Se las pone.*)

BENITO.— (*Voz de nuevo meliflua.*) Momó...

(FRANCISCA corre a esconderse en lo más profundo de sus «dependencias». BENITO la busca mientras se quita el cinturón que sujeta sus pantalones.) Momó, monito, majo, ¿no tienes ganas de escupir otra vez el rostro de tu amita?

(FRANCISCA desata febrilmente su caja. Tira con rabia al suelo la pabela y las muselinas. Busca, primero en el fondo de la caja y luego entre las ropas «regalo» de DAMA algo que no encuentra. BENITO llega a su lado.) ¿Qué buscas, bichirrinín? ¿Acaso has perdido el célebre cuchillito definitivo? (Hace chascar el cinto.) ¡Lástima, momó...! Pero no te apures. Tal vez en la próxima representación tengas más suerte...